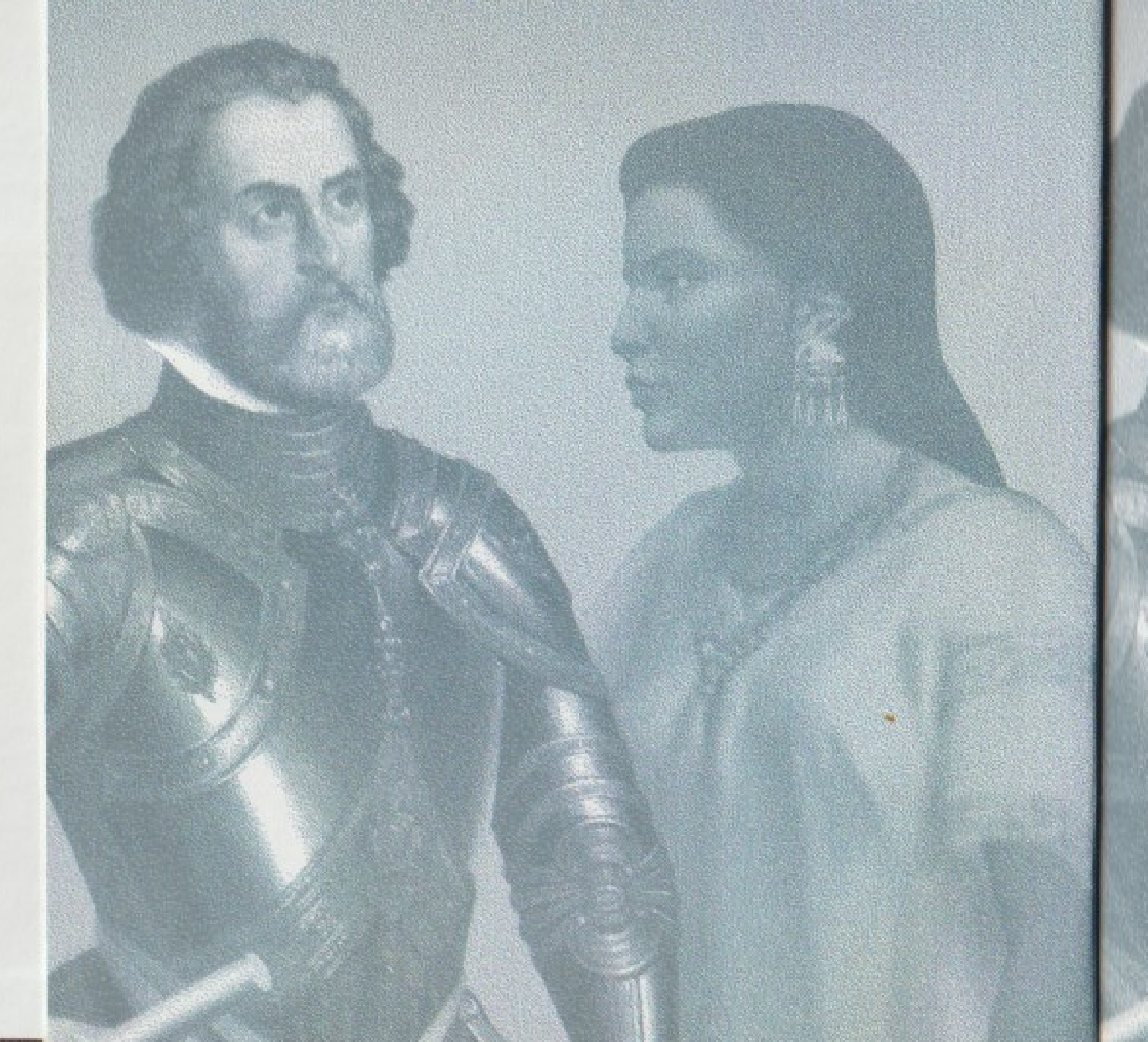
Hernán Cortés

Creador de la nacionalidad

Hernán Cortés, obra del pintor Cabra, que se encuentra en el Salón Los Reyes del Casino Español.





Hernán Cortés

Creador de la nacionalidad

José Vasconcelos



Catalogación en la fuente

Vasconcelos, José
Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad. –
México : Trillas, 2010.
144 p. : il. ; 23 cm.
ISBN 978-607-17-0462-7

1. Cortés, Hernán, 1485-1547. I. t.

D- 92'C245 LC- F1230.C939'V3.4

División Administrativa
Av. Río Churubusco 385
Col. Gral. Pedro María Anaya
C. P. 03340, México, D. F.
Tel. 56884233
FAX 56041364

División Comercial
Calzada de la Viga 1132
C. P. 09439, México, D. F.
Tel. 56330995, FAX 56330870

www.trillas.com.mx

Tienda en línea
www.etrillas.com.mx

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial
Reg. núm. 158

Primera edición, febrero 2010
ISBN 978-607-17-0462-7

Impreso en México
Printed in Mexico

Se imprimió en febrero de 2010, en Irema, S. A. de C. V.
B 90 TW

PRESENTACIÓN

Hacia finales de 1521, Hernán Cortés entra en Huaxyácac, una población indígena, bautizada como Segura de la Frontera, Villa de Antequera, y llamada Oaxaca.

El 6 de julio de 1529, el emperador Carlos V confirió a Cortés el título de Marqués del Valle de Oaxaca, sobre esta etapa de la vida del conquistador español, José Vasconcelos (1881-1959), señala:

> Desde su Coyoacán organizó la expedición de Oaxaca. Sandoval exploró el sur y fundó Medellín, el actual Tuxtepec. Quedaba incógnito el vasto occidente. No tuvo que esperar Cortés: Caltzontzin, el rey michoacano, le mandó embajada y le protestó acatamiento. Aprovechando esta amistad, Cortés mandó explorar hacia la costa en busca de los pasos del Mar del Sur, hoy Pacífico, que podían conducir a las islas de las especias: sueño de todos los navegantes de la época.

Abogado, educador, político, filósofo y escritor, José Vasconcelos dejó un importante legado literario, que comprende una gran parte de los métodos del pensamiento, cuya importancia radica principalmente en "la formulación de un sistema del todo original", según palabras de José Luis Martínez.

Inmerso en este sistema original de pensamiento, en *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, publicado por primera vez en 1941, Vasconcelos reflexiona con una visión retrospectiva en torno al mestizaje, tema ya anunciado por él en *La raza cósmica* (1925), en donde define al hombre iberoamericano como:

La raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

En sus escritos Vasconcelos prefiere utilizar el vocablo Iberoamérica y deja de lado Latinoamérica, puesto que el primero, le permite subrayar el papel preponderante que ha desempeñado España en la conformación de las naciones hispanoamericanas.

Y en clara consecuencia con lo anterior, en el centro de todos sus cuestionamientos aparecen las preguntas cardinales en torno a la identidad iberoamericana: ¿quiénes somos?, ¿qué somos?, a las que él mismo da respuesta en este libro.

Hernán Cortés... trasciende los límites de una explicación única de país, México, para poner al descubierto nuestra diversidad étnica y cultural, resultado de la mezcla entre lo indígena y lo español, y nos recuerda que el mexicano es descendiente no sólo de conquistados, sino también de los peninsulares que llegaron a la Nueva España a arraigarse tras los años iniciales a la Conquista.

Vasconcelos hace un lúcido replanteamiento de la hispanidad en Iberoamérica que lleva a aceptar la Conquista como un acto propio y no como algo ajeno, reconocimiento fundamental este último para entender y responder esas mismas preguntas "¿Quiénes somos? ¿Qué somos?"

Abordar estos temas desde una reflexión a partir de la lectura del presente libro nos lleva a desmitificar esa historia oficial que tergiversa la mezcla de la evolución y el ideal de las letras mexicanas, ideal criollo tanto en política como en arte, que unas veces se considera autóctono y otras español, o europeizante, y que nos impide concebir el verdadero mestizaje.

Sirva pues, esta nueva edición de *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* para que en este 2010, y en el marco de los festejos del Bicentenario, podamos repensar lo que somos, lo que amamos y lo que queremos ser como sociedad y como país.

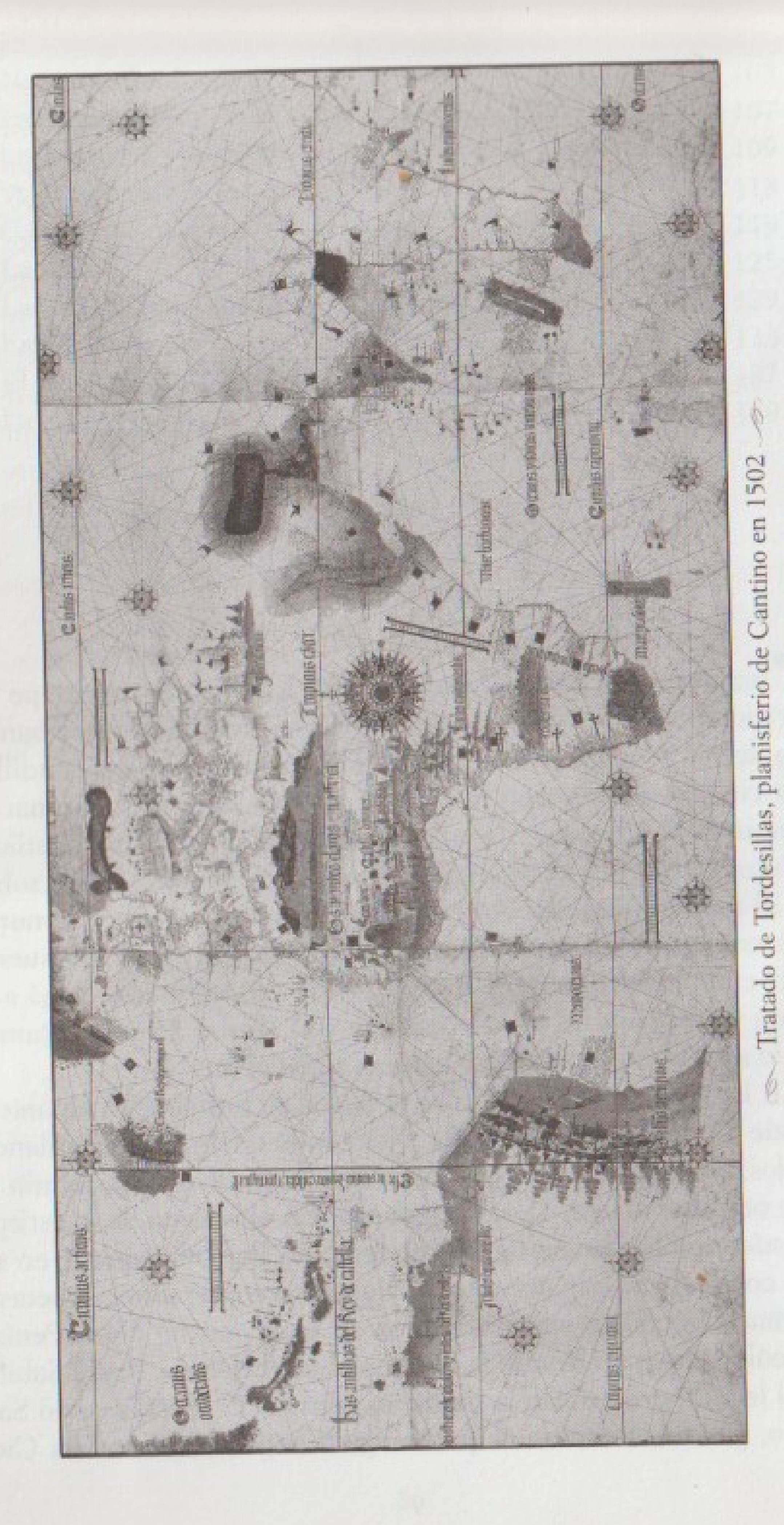
Al fin y al cabo, Cortés y sus soldados, junto con Pizarro, Belelcázar y el resto de los capitanes españoles dieron inicio a la fusión del elemento indígena con la sangre española, fusión y mezcla de todos los pueblos iberoamericanos.

ÍNDICE

Lo que España era

Cuando nace Cortés el año de 1485 España era un campo de victoria. Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, arrojaban al moro de sus posiciones últimas de la Península. Eran los caudillos de la civilización europea, blanca y católica, que al consumar la reconquista de la Península no sólo garantizaban el futuro cristiano de Europa, también el dominio de la civilización occidental sobre todo el mundo nuevo de América. Con la victoria sobre los moros había coincidido el descubrimiento del Nuevo Mundo, de suerte que el empuje secular de la Reconquista saltó los mares, llegó a la Florida y a México, al Río de la Plata y al Perú y Filipinas. Jamás pueblo alguno extendió de tal manera su Imperio.

En las montañas de Asturias se inició la formación hispánica, y desde allí, siempre avanzando, abarcando territorios, asimilando pueblos, se integró la raza que hoy celebra su aniversario común el 12 de octubre, día del Descubrimiento. En el plasma de la estirpe subsistían reminiscencias griegas y fenicias. Bajo el Imperio, en su etapa colonial, dio España a Roma filósofos y emperadores, poetas y bailarinas, moralistas y combatientes. Al Cristianismo dio la Península teólogos que unificaron la fe en concilios célebres, Reyes Sabios que al legislar proscribían la barbarie, pensadores estetas como San Isidoro, guerreros como los que integran la gesta heroica del Cid.



Tratado de Tordesillas, planisferio de Cantino en 1502

De la barbarie misma heredó España el temple generoso de godos y visigodos. Del mestizaje afortunado resultó Castilla, tierra de castillos, patria de hidalgos y castellanos; región de cielos claros y planicies fértiles limitadas por montañas azulosas. En los llanos el romano aclimató la vid y el moro el almendro. El olivo mediterráneo cubre en el sur vegas y montes. En el centro, la meseta, como a setecientos metros sobre el mar, disfruta clima templado, con nieve en invierno y sol caluroso en verano; el Duero y el Tajo, ríos con historia, riegan el trigo, el garbanzo y las mejores villas del mundo; por las tierras bajas, semitropicales, el Guadiana y el Guadalquivir, que fecundan los frutos más deliciosos que conoce el hombre, la granada y la pera, el higo y la uva, el melón y la aceituna, el limón y la naranja.

En el norte lluvioso de Galicia, los huertos dan pimiento, alcachofa, lechuga, zanahoria, vides; en Asturias los pomares son una fiesta. Razas privilegiadas, moros y almoravides levantaron en Granada y Andalucía mezquitas y palacios de ensueño. Bien valía la pena reproducir en algún lugar del planeta milagros como los de España. Cumpliendo ese afán habrían de surgir por los territorios vírgenes de América, las Nuevas Españas y las Nuevas Granadas, en lo que hoy son México y Colombia.

Próxima a Portugal, desértica y ancha, reposa la provincia de Extremadura. Sólo el romano, el más fuerte de los que por allí pasaron, dejó en ella estirpe y arquitectura. Cecilio Metelo pasa por ser el fundador de Medellín. Sobre el polvo de la llanura míranse aún los restos de arcadas y columnas de sello latino. El gesto grave, el porte digno, distingue a sus habitantes; su lengua seca, terminante, no alcanza la melodía de Castilla o de Italia, tampoco la dulzura andaluza: es lengua de varones.

Por el siglo quince Extremadura, igual que Castilla, era tierra de hidalgos, es decir, descendientes de caballeros empobrecidos. Gente pobre pero no plebeya ni privada de luces; quien más quien menos, al servicio del rey había conocido algún extremo de Europa. Y respiraban todos el aire de Portugal vecino, a la sazón el más ilustre de la época porque había descubierto las rutas del mar, estableciendo colonias en el Asia, en el litoral de África, en América y Oceanía.

Ambiente de guerra y aventura en un escenario más vasto que todo el antiguo Imperio Romano. Españoles y portugueses, avanzada de Europa, explotaban y guerreaban, colonizaban el África, el Asia y la recién descubierta América. Ayudados por su posición geográfica sobre el Atlántico, pero gracias a su genio político, Fernando e Isabel advirtieron a fines del siglo XV, lo que escapó a Luis XIV en el siglo XVII, lo que no acertó a ver Napoleón en los principios del XIX, la importancia de adquirir colonias y explotar los recursos naturales dondequiera que se hallasen en el planeta. Los ingleses hicieron lo propio, pero mucho más tarde, y en calidad de imitadores de la política española. El resto de los Estados de Europa siguió dispu tando pequeñas cuestiones de dinastía. Y tocó a Portugal y a España consumar, en el escenario total del planeta, lo que antes hicieron Roma en tres continentes, Grecia en el Mediterráneo: una política imperial, ya no nacional. Entendieron además los españoles que un imperialismo digno de la historia no es nada más sojuzgamiento en extensión; eso lo consuma cualquier Gengis Kan. Política imperial supone, aparte de la explotación de lejanos recursos, un gran ideal que propagar, una doctrina que liberta y engrandece a conquistadores y a conquistados, y con ella, técnica industrial superior.

En la Europa del siglo XV, ninguna nación podía mejor que España, llevar adelante una cruzada civilizadora y constructiva. Y fue lo que llamamos hoy cultura occidental, lo que entonces España definió con más exactitud y grandeza, proclamando: un mismo Dios, una sola lengua, un solo rey. La España que arrojara de Europa a los musulmanes y enseguida había de salvarla del turco en Lepanto, se convertiría muy pronto, y durante la vida misma de Hernán Cortés, en el campeón de la idea católica, que era la idea de la unidad europea bajo la civilización latina y en contra del peligro luterano calvinista. Hoy que se reconocen todas las calamidades que trajo consigo la Reforma, la figura de los estadistas españoles se agiganta. Se hace justicia también al esfuerzo, sin paralelo en la historia, de aquel imperialismo hispánico, que llevó la bandera de Portugal y de España por territorios tan vastos que sobre ellos no se ponía el sol.

Glorioso, sin ejemplo, fue también el momento en que la disputa de territorios que los dos grandes pueblos reclamaban fue decidida, con más autoridad que Tribunales modernos como los de La Haya o Ginebra, por el Papa Alejandro VI, cuya solución grandiosa, dividiendo las zonas por paralelos, introdujo en la historia la medida astronómica, en lugar del contorno amurallado de los reinos griegos o chinos y más allá de la medida romana del carro que abarca leguas.

Porción de aquel mundo magnífico era Medellín, la capital de Extremadura, ciudad de poca población pero sólidamente construida.

Casas de uno o de dos pisos, portones con escudo, muros blanqueados, ventanas rasgadas, zaguanes anchos; al centro, la plaza, con la iglesia de torre mudéjar y el Ayuntamiento, las moradas principales. Polvo y quietud en las cosas, y en las almas ardor. Imagen reducida de mil y tantas villas y ciudades que en el transcurso de los tres siglos próximos habrían de aparecer en el Nuevo Mundo.

No era pues Medellín de Extremadura un rincón escondido del mundo, aldea escocesa o villorrio eslavo; su ubicación estaba próxima al eje de los destinos del momento y su población participaba indirectamente en la guerra de Flandes o en las de Italia y el África; contribuía a la creación de la historia. Familia modesta de tal estirpe clara era la de Martín Cortés, soldado en la juventud, casado después con doña Catalina Monroy y Pizarro. Su abolengo procedía del Aragón y, más allá, de la Italia Lombarda. Por los cruces con la población extremeña, quizás se vio acentuado el carácter romántico en el joven Hernán Cortés, que a los 16 años fue mandado a la Universidad de Alcalá para que se hiciese letrado.

¿Quién era Cortés?

Al presentarse en Alcalá era Cortés un joven entristecido por un prolongado ataque palúdico. Estaba en la edad del en sueño indeterminado. Ambicionaba sin saber exactamente qué. Sus pruebas de estudiante fueron mediocres; un poco de latín y mucho de historia antigua leída con avidez. Las figuras de Alejandro y de César pasaron sin duda por su mente más de una ocasión; pero en su colegio, más que el pasado vibraba el presente. Un presente glorioso para su patria española. Alcalá estaba penetrado de la visión de Cisneros. El gran Cardenal no sólo dirigía el gobierno sino que creaba el Estado español, incorporándole las provincias que reconquistaban Isabel y Fernando; también los territorios que descubrían Colón y Vasco Núñez de Balboa. Se adelantaba además a la Reforma luterana, la hacía inútil con sus medidas de moralización del clero, con su ejemplo de monje poderoso y sobrio, inteligente y justo.

Alcalá de Henares con su Universidad nueva era la obra predilecta del Cardenal. De allí saldrían los varones sin tacha que el creciente imperio necesitaba para administrar los vastos intereses políticos del Estado, para ensanchar el orden cristiano por toda la extensión increíble que la Providencia otorgaba a España. Los geógrafos, los astrónomos de Salamanca, en las Conferencias habían estimulado a Colón. Diego Deza, el protector del Almirante, dictaba

cátedra en Salamanca, y posteriormente Alcalá concentraba a las figuras eminentes de la época.

Alcalá estaba saturada de América. De suerte que muy pronto Hernán Cortés dejó de pensar en Alejandro y en Julio César para fijar su atención en Balboa y Vasco de Gama. Las rutas del océano prometían gloria más alta que la de Aníbal o la de Escipión. Por eso no se dejó seducir del camino trillado de un alistamiento en el ejército de Italia. Nápoles y Sicilia eran el pasado. España vivía el futuro. En arquitectura comenzaba el plateresco. Un estilo que salta del románico a lo clásico, escasamente influido por el gótico, profundamente influido por el manuelino portugués, que luce motivos del trópico asiático y había de adaptarse tan gloriosamente al trópico americano. En todos los órdenes, la invención es la regla. También en el mar, España y Portugal lanzan la novedad de la carabela, el primer barco oceánico.

Era natural que los héroes hispánicos no estuviesen llamados a repetir historia sino a crearla.

Cortés sospechaba su destino en esa forma vaga con que siempre se le anuncia al genio. Pero era de familia oscura, no contaba con recursos y tendría que pasar por las pruebas ásperas de una vida estrecha, insegura, alerta sin embargo como el ave, para volar cada vez que el horizonte se ensancha; ya en lo material, ya en lo ideal.

Los latines, las humanidades que durante dos años cursó Hernando en Alcalá, sirvieron para acrecentarle el anhelo de la grandeza y para ahuyentarlo de un destino mediocre. Nos es fácil imaginarlo leyendo a César y llorando también porque pasa el tiempo y no se vislumbra la ocasión gloriosa.

Hay en la historia épocas propicias al heroísmo de la acción: el Imperio Romano en sus comienzos, la Europa de las Cruzadas, la España de los descubrimientos. La filosofía, la ciencia y la religión no se quedan atrás en estos períodos ilustres, pero aguardan a que la aventura material se consume para enraizar en ella y producir florecimientos. Esto pasó en España, que, con los conquistadores, produjo misioneros y tras de la epopeya de soldados y navegantes dio al mundo el siglo de oro de sus letras. Pero se estaba en el comienzo de la acción. Hernán Cortés reflexionó su momento y descubrió su vocación, pero ¿cómo empezar? Tenía diecinueve años; dejó las aulas y entró al servicio de un notario de Valladolid. El estudio de la ley daría una disciplina al futuro soldado, la disciplina más eficaz para una acción constructiva.

El tiempo sin embargo urgía; por todos los rumbos llamaba la gloria. El ejército español desde Italia luchaba contra los turcos. Dominaban los piratas bereberes el Mediterráneo y era preciso alejar del mar interno al musulmán, si se quería librar de riesgos la empresa misma de América. Era poderosa la seducción de añadir el propio nombre al de tanto cruzado glorioso; pero la tierra ignota llamaba también con premura a los esforzados.

Los sucesos de América eran maravilla del mundo civilizado y orgullo legítimo del pecho español. Los más audaces, los más singulares, los poetas de lo desconocido, se embarcaban rumbo al misterio. Cristóbal Colón y los hermanos Pinzón, Américo Vespucio, Balboa, Bartolomé Díaz, Vasco de Gama, Juan de la Cosa, Alonso de Ojeda, eran ya nombres gloriosos y sus hazañas superaban las invenciones más atrevidas de la fantasía.

La ocasión primera se presentó a Cortés con motivo del viaje de Nicolás de Ovando, su paisano, a la Española, hoy Santo Domingo. Pudo su familia asegurarle un puesto en la expedición, pero es fama que una aventura vulgar frustró aquel viaje. Al saltar la tapia de una hermosa amante, cae parte del tejado, y con él Cortés, que allí mismo recibe paliza ignominiosa a manos del marido. Caritativos cuidados le curan las heridas pero recae de unas calenturas que ya le atormentaron en la adolescencia. Enclenque y pobre, vaga por el rumbo de Valencia; parece condenado al fracaso, pero apenas cuenta veinte años. Un nuevo esfuerzo de sus padres permite a Cortés embarcarse en un convoy de comercio, con destino a la Española. La isla era por entonces el centro de las actividades españolas del Nuevo Mundo.

Un contemporáneo describe al Cortés de la emigración: algo bajo y lampiño, alegre, vivo de ingenio y amigo de mujeres. De sus primeras desilusiones en Santo Domingo él mismo haría burla más tarde, pues era aficionado a las bromas. Lo cierto es que no se establece como los más ignorantes, de granjero, sino que redacta contratos y testamentos, hácela de leguleyo y gana la escribanía del Ayuntamiento de Azúa. Toma parte de una expedición para sojuzgar

salvajes rebeldes de Haití, pero vuelve a sus papeles y en ellos gasta cinco años.

Fatigan al héroe estas esperas sombrías, pero ellas suelen ser inevitables para quien no ha nacido príncipe. Antes de dominar a los hombres tendría que dominar la vida, y en efecto empieza a prosperar, cultiva un lote y comercia a la vez que pendolea. Intenta alistarse en la expedición que Ojeda y De la Cosa organizaron para incursionar en Tierra Firme, pero un absceso lo detiene y lo salva, pues resultó trágico el final de aquella empresa, pereciendo De la Cosa a manos de los indios, y Diego de Nicuesa, otro de los expedicionarios, se perdió en el mar, donde lo embarcaron en un bergantín maltrecho del que nada volvió a saberse.

En la Española trabó amistad Cortés con Diego de Velázquez, a quien se encomendó en 1511 la conquista de Cuba. Velázquez había fundado pueblos en la Española y tenía influjo en la corte. Con Velázquez fue Cortés de contador y como auxiliar del tesorero Miguel de Pasamonte. Cuba no ofreció resistencia y rindió provechosos repartimientos. El sistema de la ocupación era crudo y ventajoso: se repartían la tierra los invasores y con ella los habitantes indígenas, obligados a trabajar para el señor nuevo, que a veces reemplazaba al cacique aborigen; en otros casos el conquistador se asociaba con el cacique para mejor dominar el territorio. Velázquez creó nuevas poblaciones: Santiago de Baracoa en 1512, primera capital; San Salvador de Bayamo, y más tarde Santiago de Cuba, y se hizo nombrar gobernador.

Cortés se avecindó en Baracoa dedicándose a la cría de vacas y ovejas y ensayó el cultivo de la vid, sin perjuicio de reanudar sus funciones de escribano. En la isla se hallaron metales, y Cortés logró su primer oro; invirtió dos mil castellanos en una empresa. Ayudó a Velázquez en la construcción de una casa para fundir metales y otra destinada a hospital.

DE COMERCIANTE A CAPITÁN



Velázquez era viudo de una de las doncellas que llevó a la Española la virreina doña María de Toledo. En la comitiva de doña María fueron un Juan Juárez o Suárez con su madre y varias hermanas doncellas. Eran éstas de buen parecer, y Velázquez, ya viudo, se aficionó a una de ellas; Cortés enamoró a otra hermana, doña Catalina. Comparada con su posición en España, Cortés tenía razón para sentirse próspero, y otros muchos en su caso se conformaron y medraron tranquilos. A Cortés sin embargo lo perseguía ese hado que hiere periódicamente, como el rayo los más altos puntos, a los destinos singulares. Cuestiones mujeriles —rivalidades quizás entre los Juárez— y el ascendiente que Cortés tomaba por su laboriosidad y talento, despertaron los celos de Velázquez. Se acusó a Cortés de conspirar contra el gobernador, y sin previa audiencia fue preso y conducido a un navío que debía regresarlo a la Española para ser enjuiciado.

No fondeaban entonces los barcos lejos de la costa, ni se apresuraban para hacerse a la vela. Estuvo Cortés cautivo a bordo hasta que una noche de desesperación logra soltar sus amarras, vence al carcelero y se arroja a nado en dirección de la playa. Sorteando el riesgo de los tiburones, pisa tierra y se dirige a una iglesia, refugio sagrado donde no podría prenderle la justicia. Allí se comunica con

su cuñado Juárez, pues se había casado con la doña Catalina, cuñada de Velázquez. Ella también lo auxilia. Pasan los días y Cortés decide jugarse el todo por el todo: se presenta a Velázquez inerme. Lo hace de improviso. Velázquez cree que su enemigo va a matarlo y se alarma, pero Cortés cae de rodillas y le pide que lo juzgue no como juez, sino como caballero. La reconciliación no se hace esperar.

Mientras Cortés seguía de esta suerte una carrera de aventuras casi vulgares, por las islas y Tierra Firme avanzaba la epopeya. Hernández de Córdoba recorría las costas de Yucatán. En un segundo viaje, Grijalva con Antón de Alaminos, el gran piloto que sirvió a Colón, y con Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo como capitanes, recorrió el Golfo, deteniéndose en Yucatán, Tabasco y Veracruz.

Fomentaba Velázquez las expediciones, pero explotando a los aventureros y procurando pasar por autor de todo ante la Corte. El historiador Pereyra llama a Velázquez "explotador sedentario y hombre ambicioso mediocre". De los descubrimientos de Grijalva se aprovechó Velázquez, mandando al rey tesoros que le sirvieron para obtener licencia para el envío de nuevas expediciones; luego acusó a Grijalva de no haber poblado la tierra descubierta, cuando en su expedición apenas llevaba doscientos hombres.

Animado Velázquez por las noticias de los expedicionarios de la Tierra Firme, comenzó a organizar una tercera expedición. Lo primero era dar con un jefe adecuado. A Pedro de Alvarado, compañero de Grijalva y de notoria capacidad como guerrero, lo desechó el gobernador, acaso porque le reconocía sus cualidades. Desechó también la candidatura de Bermúdez y de Vázquez Porcallo de Figueroa, personajes encumbrados, y siguió cavilando. Cortés vio su oportunidad y comenzó a intrigar. Valido de sus relaciones comerciales con Amador Lares, contador del rey y con Andrés de Duero, secretario de Velázquez, logró interesar a los dos en su favor. Debe haber decidido a Velázquez el hecho de que Cortés no le exigió recursos y, al contrario, se avino a contribuir para la armada. Dio a Cortés el nombramiento.

Entre las instrucciones de Velázquez figuraba la de buscar a Grijalva y a Olid, que aún no regresaban de un tercer viaje, y procurar la vuelta de seis cristianos que se sabía andaban cautivos en

la isla de Yucatán. Además exploraría Cortés toda la costa, inquiriendo la significación de las cruces que se hallaron en Cozumel y en general todo lo relativo a las creencias religiosas de los naturales; también instruiría a los indios en la fe católica, obligándoles a reconocer la autoridad real y a enviarles presentes; debería buscar también "dónde y en qué parte están las Amazonas, que se dice están cerca de allí".



Pedro de Alvarado

Confunde Velázquez el Golfo con el Caribe, lo que no debía ser por entonces raro; pero lo que no sospechó es que no mandaba con Hernán Cortés ni un geógrafo, ni un arqueólogo, ni un investigador religioso, ni siquiera un navegante, sino un gran capitán que como tal habría de dar la espalda al mar tan pronto como pudiese, para asentar su acción en tierra firme y ya en ella hacer aun de geógrafo, arqueólogo y explorador marítimo.

Se sabe que Cortés puso en la empresa su voluntad entera y su hacienda; también el dinero de sus amigos. La quema de las naves que después le daría fama imperecedera, no fue en él un episodio singular; vivió quemándolas. Su carácter era de los que colocados ante un dilema importante, no vacilan y adoptan la resolución extrema. César o nada, dijo su antecesor romano. No le siguió en la ambición Cortés, que siempre se mantuvo fiel a la Corona, pero sí en la decisión atrevida y grande.

Si la empresa le hubiese fallado, aun por simple revocación del nombramiento, su descrédito y ruina habrían sido irremediables. Por eso se mantuvo alerta, a la vez que entraba en su papel. Refiérese que adoptó las prendas de un señor Don; las maneras corteses y el porte altivo. A medida que interesaba en su empresa a los principales de la isla, su importancia crecía: desde antes de embarcarse alcanzó importancia tal que Velázquez sintióse empequeñecido; él, que era, de por sí, pequeño de ánimo y desconfiado. Arriesgaba Velázquez poco de lo suyo, en tanto que Cortés y sus amigos atendían a todos los gastos. Y como hubiese llegado Pedro de Alvarado, adelantándose a Grijalva, con noticias de que si bien en Tierra Firme había riquezas, también la gente era mucha y guerrera, Cortés ya no sólo se preocupó de almacenar provisiones tales como garbanzos y vino, aceite de olivo y carne, sino también regular cantidad de armas, artillería y municiones.

Antes de la salida de Cortés llegaron los que debía buscar por el agua: Grijalva y Cristóbal de Olid, y se le agregó este último.

Sin mayores tropiezos caminaban los arreglos de la expedición, pero el regreso de Grijalva avivó la codicia de Velázquez y su deseo de deshacerse de Cortés. Se ha discutido si Velázquez no pudo ya, por el influjo que había adquirido Cortés, o no quiso privarlo, a última hora, del mando de la expedición. De acuerdo con Bernal Díaz

cuando llegó Grijalva ya Cortés contaba con un partido poderoso, hecho de intereses creados constituidos por las aportaciones de numerosos comerciantes. Por todas las villas y estancias de Cuba, habíase hecho dar pregones "al son de tambor y trompeta, para la conquista y población de las nuevas tierras en donde los soldados ganarían oro, plata, joyas y tierras".

¿Quién daba a Cortés autoridad para proceder de esta suerte, a guisa de capitán? Su solo nombramiento no hubiese bastado a no ser los suyos tiempos heroicos y libres, con libertad para el desarrollo de la iniciativa privada. Siglos antes de la mentida "egalité" de la Revolución Francesa, el pueblo español acostumbraba darse, por el voto, alcaldes, y por medio de sus cortes imponía taxativas al mando real. Imagínese lo que un coronel de tropas de línea hubiese tenido que hacer en situación parecida a la de Cortés, teniendo que esperar órdenes del general y preocupado de exigir el saludo respetuoso del sargento. La voluntad marcial así regimentada puede consumar, a base de cantidad, el sojuzgamiento de poblaciones enteras, pero la hazaña sin par, la epopeya que renueva la historia, es obra de poetas de la acción que se asocian para el botín, no hay duda de ello, pero también para satisfacer el ansia de lo maravilloso que fascina a los elegidos.

No fue la conquista obra de un rey que manda vasallos en armas para ganar territorios; tampoco el plan de un César que organiza legiones y les asigna las zonas por donde desea invadir. El esfuerzo libremente coordinado de héroes improvisados que, hasta cierto punto, se lo debían todo a sí mismos, tal fue el instrumento de la conquista americana. De allí, ciertas atrocidades, pero también sus hazañas y resultados incomparables.

LA PARTIDA

En tanto que Velázquez no acaba de decidir si quitará el mando a Cortés o no, éste se apresura; agotado su dinero, da una cadena de oro de uso personal en pago de los puercos y carneros que encuentra en el matadero y decide embarcar. Rodeado de hombres armados anduvo en los últimos días para evitar una sorpresa de Velázquez; sin embargo, dejaba que se burlasen de él cuando decían: "afecta tener estado sin tener señorío". De paso estas burlas calmaban la alarma de Velázquez. Obsequiaba Cortés con liberalidad a sus secuaces, pero no olvidaba visitar a Velázquez y mostrarle fidelidad, y según dice Pereyra: "Mientras Velázquez más se ensombrecía, Cortés procuraba mostrársele más afable". En la lucha sorda de ambos, ganó la astucia del futuro conquistador el primer encuentro. En la playa se dieron el último abrazo el gobernador y don Hernando.

Libre por fin de Velázquez, pero comprendiendo que no era bastante lo que sacaba de Cuba para dominar en Tierra Firme, Cortés comenzó a hacer, según él mismo refería después, de "gentil corsario". Dividiendo sus barcos, mandó a Juan Gallinato de Porra para que comprase bastimentos en Jamaica, en tanto él se dirigió a Macica para comprar pan cazabe y algunos puercos. A Diego de Ordaz le ordenó que capturase una embarcación que venía de Jamaica con

víveres, capitaneada por Juan Núñez de Sedeño. Con presa y bastimentos volvieron a reunirse todos en la punta de San Antón, extremo de Cuba que mira a Yucatán. A Sedeño prisionero lo colmó de atenciones, le pagó por su cargamento de arrobas de pan y tocino "unas lazadas de oro y un pagaré"; y más aún, lo fascinó a tal punto que logró añadirlo a su séquito.

En Sancti Spiritus, inmediato a San Antón, se tomaban los últimos dispositivos cuando llegaron enviados de Velázquez con órdenes que revocaban el mando de Cortés y lo mandaban prender. El futuro capitán recurrió a la elocuencia. Reunió a sus gentes, les enteró de las órdenes de Velázquez, haciéndoles ver los males que acarreaban y la injusticia que suponían. Si entre los expedicionarios Velázquez aún tenía amigos, el temor de ser apresados por los de Cortés los tuvo quietos. Ratificaron todos los expedicionarios su adhesión a Cortés y también uno de los dos mozos que trajeron las órdenes de captura se alistó en las filas de don Hernando. En franca rebeldía Cortés tomó rumbo a La Habana para continuar su aprovisionamiento.

Hallándose todos los barcos en La Habana, llegaron nuevos requerimientos de Velázquez para que se aprehendiese a Cortés y se le sustituyese en el mando. Sospechaba Cortés de Diego de Ordaz, ex-mayordomo de Velázquez, y se trataban ambos con grandes atenciones. Un día Ordaz preparó un banquete a bordo de su navío, en honor de Cortés; aceptó éste, pero a última hora se excusó pretextando una indisposición. Nunca se supo la verdadera intención de Diego de Ordaz.

Por fin, el 18 de febrero de 1519 se decidió la partida del Cabo de San Antón al Continente. Hubo misa solemne y gran discurso de Hernán Cortés. Habló de que les esperaban grandes provechos y grandes trabajos, y que al final ganarían ricas tierras, más vastas que los dominios de la Corona de sus Reyes. En Dios confiaba para llevar adelante la empresa. ¿Creyó él mismo en ella o lo empujaba la desesperación? ¿Qué genial premonición de su fantasía le hizo contemplar reinos subyugados, territorios fabulosos, eterna fama? Por lo pronto, para conquistar reinos y territorios, la armada era en verdad bastante exigua: once navíos, el mayor de 120 toneladas, tres de 70 a 110, y naves pesqueras y bergantines. En todo, 518 soldados, 45 artilleros, 16 jinetes y 110 marineros, con una servidumbre

de 200 indios y algunos negros. También 10 cañones de bronce y 5 falconetes. De piloto mayor, el célebre Antón de Alaminos, y como capitanes, Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Orla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado.



Naves y bergantines

EN TORNO A LO DESCONOCIDO

Las navegaciones eran en aquellos días, más que hoy, largas, incómodas, tediosas. Fácil es imaginar la impaciencia de Cortés y su inquietud de contar como subordinados a individuos que en el arte de la navegación eran maestros, él que jamás la había hecho ni de marinero; a jefes como Alvarado, que combatiendo y venciendo había dado su nombre a un inmenso río; él que jamás conociera, hasta entonces, otras faenas que las del comercio y la escribanía.

En la murmuración de las veladas inacabables, sin duda se comentó que la jefatura de Cortés era ilegítima; debíala al favor de Velázquez y ya se le había rebelado. Y si bien Cortés puso en la empresa íntegro el caudal ¿dónde estaban sus hazañas? y ¿cómo podría mandar sobre un Almirante, un Cristóbal de Olid, Montejo, o el ya citado Alvarado? Tal suerte de juicios llega a oídos del jefe y es creíble que don Hernando, alma recta y acostumbrada por su religión al examen riguroso de conciencia, reconociese con dolor la verdad en ellos contenida, aun dándose cuenta de la envidia que los movía. Y debe haber sido grande su prisa de librarse del tutelaje obligado de pilotos y guías, saltando a tierra, su elemento, para afirmar otra vez su persona disminuida en el mar, contenida en afanes de geógrafo y cartógrafo. A su tiempo él sería a su vez un explorador sin par, un descubridor; de momento lo que le hacía falta era una

ocasión de confirmar su autoridad por el prestigio de su persona. El desembarco de Cozumel puso a prueba por primera vez sus dotes de mando.

El navío en que iba Alvarado, comandado por el piloto Camacho, desobedeció las órdenes, se adelantó dos días al resto de la flota, y los tripulantes se dedicaron al saqueo de unos pueblos inmediatos a la costa. El botín consistía en idolillos, diademas, unas gallinas, dos indios y una india. Mandó Cortés devolver los objetos y dio libertad a los indios; al piloto lo puso en grillos y reprendió severamente a Alvarado.

¿Qué clase de capitán era éste que reprendía a los suyos y protegía a los extraños, a los vencidos? Julio César se hubiera reído de tal proceder; pero Julio César nunca ganó la voluntad de sus vasallos ni se preocupó de hacerlo; le bastó con imperar. Cortés buscaba no sólo territorios y siervos; también almas en donde prolongar lo que era para él la patria, el idioma de Castilla, su religión y su credo. Saquear poblaciones y hacer prisioneros era la ley antigua de toda conquista. Ahora, por primera vez, un capitán iba a hacer también de apóstol. Jamás se le hubiera ocurrido a Alejandro predicar la filosofía griega a los indios, y si alguna vez discutió con los gimnosofistas, los faquires, fue por tratar de confundirlos con su propia ciencia o por curiosidad de aficionado a las ideas. Tampoco Julio César se preocupó jamás de infundir a los conquistados el amor a Júpiter. Y si a menudo el retrato del emperador suplantaba al de Zeus, era para que los vencidos rindiesen pleitesía exterior, en tanto se les dejaba entregados a sus ritos, por desdén más que por tolerancia.

Es Cortés el Cruzado en quien se juntan "el guerrero con el estadista y con el predicador". Su primera faena fue convocar a los indios para tranquilizarlos. Por medio del intérprete Melchorejo, un indio capturado en la expedición de Hernández de Córdoba, explicó a los naturales el contenido de la Fe Católica y uniendo la palabra a la obra, como cumple al personaje en quien coinciden fe y poderío, se dirigió al adoratorio de los indígenas, rompió los ídolos y puso en lugar de ellos una Cruz y la Imagen de la Virgen.

Ardía Cortés en deseos de enterarse de las condiciones de vida, las costumbres que prevalecían en el interior del país. Los datos

que el pobre Melchorejo podía dar eran elementales. ¿Qué secretos, qué riesgos, qué tesoros encerraría la tierra desconocida? Una coincidencia venturosa trajo muchas respuestas. Los indios que se habían hecho amigos hablaron de que vivían en Yucatán dos hombres como los españoles. Mandó Cortés rescatarlos; uno de ellos se presentó semanas después, Jerónimo de Aguilar, náufrago de un navío procedente de Panamá. Lo primero que hizo al encontrarse con los hombres de Cortés fue caer en oración; luego contó su historia. Era náufrago de un navío español procedente de Panamá, vivió entre mayas y aprendió su idioma. Cuando se le enteró de la empresa de Cortés, se sumó a ella.

De su compañero refirió que al invitarlo a volver con los suyos explicó: "Hermano Aguilar: soy casado, tengo tres hijos y esas gentes me han hecho cacique. Idos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y perforadas las orejas, ¿qué dirían de mí los españoles? y ya véis estos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las enviaron de mi tierra".



Mapa de expediciones

El medio americano había absorbido a aquel español y con él comenzó el mestizaje que, al crear una raza nueva, sentaba las bases de una nacionalidad diferente, ya no española ni tampoco india. En su fusión con el blanco, el indio perdería y para fortuna suya, no sólo la pureza de sangre, también el módulo espiritual de su persona, y pronto, no sólo los mestizos, también los indios, por vía de la conversión a la fe y por la indispensable adopción del idioma, entrarían en la comunidad espiritual superior de una patria europea.

La primera acción de armas

En Tabasco por el Río Grijalva, consumó Cortés su primera acción de armas. Los indios habían sido amigos de Grijalva, pero ahora se hallaban soliviantados. En vano los llamó Cortés a la concordia; pronto aparecieron en masa y repartidos en canoas, tañendo caracoles y enarbolando banderas; de la selva salían como hormigas. Todo era extraño para los españoles: la naturaleza lujuriante, el sol de fuego, la anchura del río, el misterio del interior tupido de vegetación, cuyos habitantes morenos, semidesnudos y agresivos, infundían terror vago. De haber sido los expedicionarios simples comerciantes en busca de tesoros, seguramente tornan a embarcarse; pero les animaba la convicción de que cumplían una misión superior; les daba confianza su fe religiosa de poder sobrenatural; el orgullo de saberse raza invencible en Europa, la curiosidad aventurera y la ventaja de las armas de fuego. Bien podía pues, en estas condiciones, emprenderse una lucha, desigual en el número por parte de España; desigual para el indio por lo que hace a la técnica.

Cortés con los bergantines batió a los indios río arriba; Alonso de Ávila avanzó por un camino conocido de los días que había estado con Grijalva. Los indios retrocedieron; desembarcaron los de Cortés a punto que llegaba De Ávila por tierra y juntos ocuparon un pueblo que tenía una plazoleta en cuyo centro se hallaba una ceiba.

En la plaza celebraron el rito ceremonioso que todavía nos conmueve, sin que deje de provocar en nosotros cierta ironía. Dio Cortés con la espada en el árbol pronunciando las palabras de la toma de posesión en nombre del rey de Castilla, y el actuario levantó de ello un acta. ¿Servían quizá estas actas para apoyar las pretensiones del primer ocupante? ¿Obedecían al temperamento legalista de la época? A esta distancia nos parece que, intuyendo los españoles la trascendencia de lo que hacían, acudían a la escritura para asegurarse testimonio ante la posteridad.

Al día siguiente pretende Cortés internarse todavía más, y al efecto manda un par de columnas expedicionarias. Los indios les dieron combate y las obligaron a retroceder, no obstante que el propio Hernán Cortés acudió en su auxilio. Ciertos prisioneros revelaron que el intérprete Melchorejo, desertándose, había aconsejado a los indios la resistencia. También por los prisioneros se supo que al día siguiente se reunirían los caciques para concertar un ataque en masa. Cortés decidió adelantárseles; lo habría hecho en condiciones parecidas cualquier audaz pero además usó con astucia un arma secreta: los caballos, desconocidos del aborigen. Se iniciaría el combate con una carga de lanceros. El día comenzó como todos los de acción importante, con una misa de campaña. También los musulmanes rezan en su Alcorán antes de la pelea, pero mezclan a la plegaria el juramento de degollar al infiel. Las huestes católicas de don Hernando peleaban sin odio porque en el indio veían un prosélito; si se quiere también un sirviente; pero esto reducía la matanza y preparaba el camino para la evangelización. Concluida la misa, comenzó el avance.

Los indios no se dejaron sorprender. En oleadas de combatientes envolvieron a los escasos españoles; pero el acero de las espadas y los morteros con su metralla hicieron estragos. La aparición de los corceles de guerra causó a los indios efectos de espanto.

La paz se concertó prontamente. Los indios juraron acatamiento al emperador Carlos V, vieron ídolos destruidos y quedaron fascinados con los cantos de la misa y los bautizos. La sencilla belleza del ritual imponíase al culto inferior de aquellos pueblos.

Entre las veinte esclavas que regalaron los vencidos, vino a poder de don Hernando la Malinche, mujer de origen nahua, que



La Malinche entregada por el cacique a Cortes en Tabasco

entendía maya y también el idioma de los aztecas. Debe haber sido buena moza puesto que Cortés no vaciló en heredarla de su subordinado Portocarrero, y así que Cortés la dejó. Después de la conquista, todavía la Malinche, transformada en doña Marina, contrajo matrimonio con otro castellano. Vendida como esclava por la madre y dotada de rara inteligencia, esta mujer se sintió liberada al caer en manos de los españoles y les fue de una utilidad y una fidelidad insuperables.

Difícilmente se comprende que al dejar Tabasco, después de aquella escaramuza, los españoles se sintiesen tan seguros de que ya les pertenecía; lo curioso es que les asistía la razón aunque todavía a nosotros nos asombre que a tan poca costa hubiese quedado ganada la primera provincia de la futura Nueva España.

El desembarco siguiente se efectuó en San Juan de Ulúa. Era tierra conocida de algunos expedicionarios y pronto se decidió instalarse en ella sobre los médanos, cerca del río, y como quien ya nunca tendrá que retirarse. La fundación se hizo en la forma muy



Las naves de Cortés en las playas de Chalchicueyecan, Veracruz, lugar de su desembarco. Cuadro enconchado del Museo de América, Madrid

civilizada, muy latina y española de la elección, por voto de los que habían de avecindarse, de un Ayuntamiento. Así se procedía en la libre Castilla. Cortés, todavía por entonces más leguleyo que soldado, debe haber insistido en que todo se hiciese legalmente. Además, como se sabía rebelde, sin duda por reacción buscaba el amparo de sus actos en las formas rigurosas de la ley.

Entre tanto, ya se conoce la leyenda, en la hoy capital de México, en la antigua Tenochtitlan, circulaban versiones fantásticas. Un cometa había anunciado el comienzo de un período de catástrofes. Los agoreros, al conocer la aparición en la costa, de los españoles que acaudillaba Grijalva, la explicaron resucitando una vieja leyenda. Quetzalcóatl, el semidiós blanco, expulsado siglos atrás había profetizado su retorno. Se acercaba la hora de la venganza. Moctezuma, el monarca azteca, hacía despellejar a los agoreros, pero la

alarma crecía. Para enterarse de lo que pasaba, Moctezuma llenó la costa de espías que le daban noticia pormenorizada de los españoles; dibujantes diestros hacían el retrato de los jefes, pintaban los caballos, con la insistencia que hoy es usual entre lo reporteros de la prensa.

Las historias que llevaron a Moctezuma sus enviados son conocidas y nos interesan poco, porque no hacemos crónica de la conquista sino estudio de la persona de Cortés. Luego que acaba éste su primer ensayo de estadista al iniciar en Veracruz el Municipio, las circunstancias le obligan a improvisarse diplomático. Es evidente que según toda previsión normal el estado de los españoles era desesperado. En Tabasco vencieron pero a costa de pérdidas sensibles; oponerse ahora a Moctezuma parecía una insensatez. Por poco que supieran los españoles de la monarquía azteca, el temor con que los habitantes de la costa hablaban de ella, era bastante para darles a entender el peligro.

El terror de las poblaciones habría de convertirse sin embargo en el aliado más poderoso de los españoles. Oprimidos los pueblos indígenas por el cacicazgo militar azteca, con sólo apresar y expulsar a los caciques, los españoles comenzaron a ganarse la buena voluntad de las masas, de suerte que pronto se convertían de conquistadores en libertadores. La gran astucia de Cortés no tardó en aprovechar, en grande, la situación. Pero entre tanto su preocupación era enorme.

La primera conquista

Los mismos presentes que de Moctezuma le llegaron, cargados por más de cien indios y consistentes en piedras de oro y plumas de gran valor, infundíanle pavor que vencía a la avaricia. ¿Cómo podrían enfrentarse al poderío azteca si ya no contaban ni con sus catorce caballos completos? De La Habana no podían esperar ningún refuerzo; al contrario, la que por mar viniese, tenía que ser gente de Velázquez, es decir, enemigo peor que el indígena. Por otra parte y a causa de estar dominada la isla por Velázquez, un regreso precipitado significaba para la mayoría de aquellos jefes rebeldes, la ruina y la deshonra. La intervención providencial se vio con la llegada de cinco emisarios del señor de Cempoala. Es a la fecha Cempoala una aldea sin importancia, próxima a la costa; pero en aquellos tiempos era cabeza del reino aborigen, reino tributario de los aztecas y martirizado por el militarismo caníbal en boga.

Desde que Pedro de Alvarado, de avanzada, comenzó a ocupar pueblos cempoaltecas, hallóse el espectáculo que habría de repetirse en cada poblado. Sobre el ara primitiva de templos rudimentarios, cuerpos humanos destrozados, faltos de miembros que habían servido de alimento a los victimadores. Ídolos y sangre humana eran el signo y el estigma de la dominación azteca por todo el territorio. Y entre la masa, desamparo, y en los jefecillos o caciques, descontento

por las continuas exacciones del delegado imperial. Pronto, según ocupaban los españoles aldea tras aldea, sin combatir pero dándose a respetar por la exhibición de su poderío en armas y caballos y por la benevolencia con que a todos trataban, comenzaron a envalentonarse los habitantes contra el distante pero insaciable opresor Moctezuma.

Aquí es donde Cortés ratificó su diplomacia. A todos hablaba de la grandeza de su rey castellano que lo había mandado para exigir acatamiento, pero también para dar protección. Al mismo tiempo, se presentaba la religión de los invasores en contraste con la brutalidad cotidiana de los sacrificios humanos, y pronto ocurrió en Cempoala el hecho decisivo de la conquista. Hallándose Cortés en compañía de los de Cempoala, llegaron los cuestores de Moctezuma en número de veinte que venían a cobrar tributo. Llegaron soberbios y amenazando a los indios porque habían otorgado hospedaje a Cortés. Hízose traducir éste lo que decían los cuestores y en seguida declaró que el rey de España no toleraba aquellos abusos de llevarse a las hijas de los caciques para forzarlas, ni de exigirles tributos desproporcionados, y diciendo y haciendo, logró que los indios mismos prendieran a



Presentes enviados por Moctezuma (Códice Florentino)

los delegados de Moctezuma y los apalearan. Mandó en seguida pregones que informaran por la comarca que ya no debían pagarse tributos a Moctezuma. Después, con malicia política consumada, a los cuestores presos y apaleados los mandó llevar a su presencia y los puso en libertad para que fuesen a decir a Moctezuma que los españoles querían ser amigos suyos.

Con todo, los actos ya consumados de rebeldía forzaron a las tribus, que sabían de las venganzas implacables de los aztecas, a buscar en Cortés amparo, y así se explica que de Cempoala saliese Cortés con varios miles de guerreros indígenas que seguían como por obra de milagro, el pendón de Castilla. El escribano pobretón de la Española, el comerciante de Baracoa, se había transformado en jefe de huestes exóticas. Sus mismos escasos compañeros, los soldados españoles, deben haberse maravillado del cambio. Y las generaciones todas admiran más aún que esta primera victoria de diplomacia militar, el modo como empezó Cortés a utilizar sus triunfos. Don Quijote, desfacedor imaginario de entuertos fingidos, no fue nunca más Quijote que este conquistador incipiente que en vez de adular a sus aliados para afirmare en su alianza, prefirió hacerles sentir, de una vez por todas, el significado pleno de su vasallaje.

Con grave riesgo de echar a perder tan necesaria cooperación, Cortés mandó a los de Cempoala que destruyesen sus ídolos. Teatralmente, a campo descubierto, frente a los adoratorios abarrotados de figuras grotescas, y acompañado de pocos soldados, Hernando Cortés pidió al cacique principal, a quien acompañaba su séquito, que pusiera mano sobre el altar salvaje. Resistió el cacique, alegando, temor. Rióse Cortés, y a seña suya, "cincuenta soldados con alegría fervorosa derribaron aquellas horribles imágenes de tigres, dragones y osos, y cuya mitad era de cuerpos humanos" (Argensola). Horrorizáronse los sacerdotes indígenas y amenazaron algunos indios con hacer resistencia armada. Los hizo prender Cortés, y a los sacerdotes y papas les mandó cortar las cabelleras torcidas que usaban, sucias de la sangre de los sacrificios. Mandó enseguida limpiar el templo; mucho es llamar templo a alguna primitiva pirámide y una explanada pegajosa de costras de sangre oreada. Desalojáronse también las orejas y las cabezas en descomposición y otras inmundicias de "hedor insufrible". Y así que todo estuvo aseado, sobre el

pavimento se edificó un altar romano de cuatro paredes encaladas y bruñidas, y sobre el altar levantaron una cruz y la imagen de la gloriosa Virgen Madre de Misericordia, todo cubierto de flores. Y pronunció Cortés un sermón afectuoso acerca de la fe redentora del Cristo Dios. Interpretaba Marina, y fray Bartolomé de Olmedo cantó la misa ayudándola el sacerdote Juan Díaz y otros soldados que entendían de música.

Así penetró la civilización en el Nuevo Mundo.

Al mismo tiempo y por la virtud de una religión abierta a los siervos, quedó consumada entre indios y españoles una alianza que ya no se rompería, una unión más firme que los simples pactos de guerra y botín.

Una revolución social comenzó a minar desde abajo al Imperio ya secular de los aztecas. Por eso se ha dicho con justicia que los indios hicieron la conquista, así como fue obra de los criollos —o sean los españoles— la independencia.



Cortés mandó a poner una cruz (Lienzo de Tlaxcala)

El secreto de la acción lo obtuvo Cortés en Cempoala y ya no quedaría sino saber sortear las incidencias de una lucha prolongada y dura ganada ya moralmente por el invasor, a causa de la superioridad de su credo y su cultura.

Uno de los cargos más insistentes que se han hecho a Cortés y en general al sistema colonial español es la supuesta intolerancia que llevó al español de aquellos tiempos, —más grande, sin duda, que el español de hoy—, a imponer su religión católica por la buena o en compañía de violencia, según se ofreciese. Y se compara hipócritamente tal decisión española con el sistema colonial inglés, con el sistema francés que unas veces se limita a mostrarse desdeñoso de la religión nativa, otras veces la adula, la consagra y la protege. Ni originales son ingleses y franceses, porque el conquistador romano hacía otro tanto. Y ello depende de que los romanos en nada creían, y los ingleses y franceses, ateos oficialmente, nada tendrían que enseñar. Lo grande del sistema español es que poseía un tesoro y lo daba, o lo imponía, por su convicción de que al hacerlo causaba un alto beneficio al sometido. Actuaba el español según caridad en relación con el asimilado, en tanto que el romano lo juzgaba indigno del escepticismo elegante de sus procónsules; a diferencia también de ingleses y de franceses, que dejan a los explotados en su inferioridad y supersticiones para mejor asegurar las ventajas de su dominación.

Por otra parte, el resultado de los dos opuestos sistemas está a la vista: Por donde han pasado los ingleses, en la India o en el Archipiélago Malayo, por donde pasan los holandeses protestantes, la población nativa sigue siendo moralmente autóctono, es decir inferior. Se exceptúan, es claro, territorios despoblados como los Estados Unidos o Australia; pero allí donde haya población, el anglosajonismo jamás la transforma. Los tardíos esfuerzos de los protestantes en la América Latina se han quedado estériles, y en Filipinas, después de cuarenta años de ocupación norteamericana, un viajero tan perspicaz como Aldous Huxley reconoce que "los españoles fueron cruzados que, de verdad, creían en un cristianismo de extraordinaria marca católica" y que por donde fueron "dejaron detrás su religión y con ella su lengua y algunos de sus hábitos". Y más adelante: "Las Filipinas no se parecen al resto del Oriente ecuatorial; son España. Una España diluida ciertamente y desvirtuada, con

fondo de salvajismo malayo y excesiva decoración norteamericana, pero aún así son inequívocamente españolas".

Con mayor razón, con mayor exactitud, se puede decir otro tanto de toda la América Hispana. La causa esencial de esta penetración creadora es compleja: la simpatía humana, la vitalidad desbordada que facilitó los matrimonios y derivó de ellos el mestizaje, es una causa; pero la principal es la otra, o sea el hecho de que por la patria que quitaban al sojuzgar su territorio, daban otra espiritual, de mayor precio, al convertir al cristianismo a los habitantes.

Y eso que lo de la patria que quitaban no pasa de ser una frase nacida al correr de la pluma, pues no es patria una barbarie, y ni siquiera los caciques eran prósperos y libres dentro del México precortesiano, menos aún los vilipendiadísimos habitantes. Finalmente, nos resulta todavía más admirable el sistema cortesiano de conquista si se reflexiona que no nació de la inspiración ocasional de un guerrero, así fuese el guerrero tan grande como Cortés; obedeció la política colonial española al plan formulado desde que se supo de América, decisión de tomar el territorio para convertir a sus habitantes a la fe. También para explotar sus recursos, eso es obvio, pero a fin de gobernarlo no según el capricho de los conquistadores, sino mediante el gobierno civil, humano y refinadamente jurídico, de un Consejo como el de las Indias.

La era de los Capitanes Generales vino mucho después, en el siglo de la decadencia y cuando la deslealtad del masón francés Carlos III se dio cuenta de que no podría imponer medidas contrarias al interés de la población y de España, sino mediante la fuerza militar. Con Carlos III perdieron su autoridad decisiva el Ayuntamiento y la Audiencia (es decir, el gobierno democrático civil) para ser reemplazados por el Virrey Militar: Capitán General que ya no conquistaba reinos, sino que traía por misión oprimirles. Parte del rencor que este último siglo de la dominación española dejó en nosotros, ha sido cargado impremeditadamente a la cuenta de Hernán Cortés. Pero cualquiera que siga el proceso de la conquista, se sorprenderá descubriendo el abismo que media entre la España democrática y católica de Isabel y Carlos V, y la España posterior borbonizada.

Inutilízanse las naves



Un contratiempo de índole interna detuvo unas semanas la marcha al encuentro de Moctezuma; contratiempo que dio lugar al episodio que ha entrado a formar parte del folklore universal, equivalente al cruce de César por el Rubicón: la quema de las naves de Cortés.



La quema de los barcos en Veracruz

Sucedió que ni de Cuba ni de España habría de recibir Cortés auxilio alguno para su empresa, pero sí estorbos y dificultades. Fue la primera, que a Veracruz llegó Francisco de Salcedo en navío procedente de Cuba, informando que Velázquez había obtenido del rey título de Adelantado y facultad para poblar las tierras del Golfo de México. La noticia quebrantó la disciplina; el grupo de los que conservaban algún apego a Velázquez concertó escapar rumbo a Cuba, apoderándose de un navío. Deserción semejante hubiera dejado a Cortés sin posibilidad de seguir su plan de penetrar en el interior, a toda costa. Por otra parte, para Cortés y los que le habían seguido en sus rebeliones contra Velázquez, un retorno a Cuba equivalía a prisión, ruina y descrédito.

El caso exigía resolución inaudita: prendió Cortés a los conspiradores; ahorcó a uno de ellos, Diego de Peza, "hombre a quien la naturaleza dotó de tanta vivacidad en el olfato (dice Argensola) que en el mar olía, por el aire, la tierra a más de quince leguas de distancia". Otros fueron azotados. Enseguida y para defenderse de Velázquez, Cortés ordenó que un navío se dirigiera a España sin tocar Cuba, mandado por Hernández Puerto Carrero y Francisco de Montejo, para llevar al rey presentes y noticias de lo que hacía y se proponía la expedición.

Partieron los enviados, y Cortés llamó a los de más confianza y les expuso que quería dar al través con los navíos. Luego los desmanteló del todo "porque la falta de ellos alentase más los corazones de los suyos". Fue necesario vencer con el ejemplo y la elocuencia la oposición de muchos marineros y soldados, pero al fin se cumplió la orden y se privó Hernán Cortés de retirada, por medio de un recurso único en la historia militar. Lo impusieron así las circunstancias, y los opositores, consumado ya el hecho, se dijeron que pues era aquello elección de la Providencia, no había sino seguir adelante. Las áncoras, las velas, los clavos retirados de los navíos, antes de hundirlos habían de servir para el cerco, por agua, de Tenochtitlan; los marineros también, ya sin navíos, engrosaron las filas escasas de los futuros conquistadores de Moctezuma.

LA REPÚBLICA DE TLAXCALA

Era Tlaxcala el reino más civilizado de México. Se regía por una especie de senado y no abusaba de los sacrificios. Se veía obligado a pagar tributo a los aztecas, pero no había sido conquistado. Su valle de relativa riqueza agrícola dábale independencia económica; pero sin comunicaciones propias con la costa, sufría escasez de sal. De esto se valían los aztecas para extorsionar a los tlaxcaltecas en la venta del producto. Además, periódicamente, les robaban jóvenes para los sacrificios, doncellas para el serrallo, o para la engorda. Era la engorda institución azteca sin paralelo en ningún otro pueblo. Unánimemente la mencionan los cronistas. En una especie de corral, anexo quizás del mercado, se mantenían bien alimentados aquellos cautivos que se destinaban a ser comidos, y se les vendía como lo hacemos nosotros con las reses.

Para entender la relación de las naciones precortesianas con el Imperio Azteca, debe reflexionarse en que, no existiendo en aquellos tiempos un ejército regular —instrumento moderno eficaz de sojuzgamiento—, era relativo el vasallaje y se reducía al tributo, impuesto después de una *razzia* destructora, una expedición de castigo y de saqueo que luego volvía a la Metrópoli y se dispersaba en ella.

De Cempoala a Tlaxcala, el terreno cambia. En lentas jornadas se fue quedando atrás la vegetación del trópico, tan parecida a la que ya habían visto en Cuba, y los españoles comenzaron el ascenso de la meseta. Los cronistas hablan de la sorpresa con que miraron llanos parecidos a los de Castilla, con montañas al fondo que superaban a lo que habitualmente se ve en Europa. De cerca, también gentes y costumbres son distintas. En las aldeas se juntan, para ver a los españoles, multitudes morenas de aspecto reservado y triste. Visten escasamente, pobremente los más, en tanto que los caciques o nobles hacen ostentación de lujo bárbaro, revestidos de mantos de pluma, pintado el rostro y adornados con piedras semipreciosas. Se les ofrecen o son obsequiadas mujeres de clase humilde, esclavas que no están destinadas necesariamente al placer sino más bien al trabajo doméstico, y a los españoles les sirven para moler el maíz de las tortillas y en general para el servicio de avituallamiento.

La imaginación exaltada de los soldados cree descubrir castillos en el confín de llanos que producen espejismos. Se trata de casas almenadas, pintadas de blanco pero desprovistas de toda comodidad. Según se internan hay más gente en los pueblos, y el peligro de un ataque no se hace esperar.

Los de Tlaxcala han deliberado. Triunfó el partido que propone hacer la guerra a los españoles. En vano Cortés les ha pedido permiso para pasar por su territorio, camino de México. Xicoténcatl, el jefe militar de Tlaxcala, espera a los extranjeros al frente de varios miles de combatientes. Los españoles se atrincheran y aguardan el ataque. Al producirse éste, las lanzas y los cañoncitos causan bajas numerosas. Los pocos caballos inspiran terror. Tres días duran los asaltos, durante los cuales los españoles sufren algunas bajas, pero los indios quedan perplejos. Sienten que nada pueden contra los terribles hijos del Sol. Un final ataque nocturno encuentra a los españoles prevenidos y se convierte en derrota sangrienta de los indios.

En el Senado de Tlaxcala, el partido de la paz aprovecha estas derrotas para sacar avante su plan; un plan salvador de tlaxcaltecas y españoles, la alianza que se pactó a fin de combatir juntos al poderío de Moctezuma.

Entró Cortés a Tlaxcala portándose con gran discreción, tratando a todos con la bondad y cortesía que le ganaban amigos, y allí tomó descanso. Un descanso relativo, porque antes de un mes hallábase listo para reanudar sus operaciones.



Cortés y Doña Marina aposentados en el palacio de Xicoténcatl en Tlaxcala (del Lienzo de Tlaxcala). La leyenda en la parte superior dice. "Le dieron comida".

CHOLULA

Cholula no era en 1511 la zona de fértil agricultura, poblada de cúpulas y torres, que creó la Colonia. La tristeza de los cultivos descuidados, los templos en ruinas, las casas destartaladas, hacen hoy del valle de Cholula una noble y extensa ruina del poderío español en nuestra patria; como si la tierra estuviese volviendo a lo suyo, es decir, a su esterilidad y abandono. Pero ya desde la época de la conquista, Cholula contaba historia larga, según lo comprueban los restos de su pirámide, superposición de culturas aborígenes, rematada a la fecha por la gracia de su capilla hispánica.

El valle en torno es ancho, y el cielo despejado acerca el contorno de las sierras oscuras, sobresaliendo entre los picos "la Malinche" (así llamada quizás en honor de la intérprete de don Hernando), gigantesca montaña que levanta la tristeza de su mole sin alma; y las dos cumbres mayores, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. El llano, reverdecido de maizales, ha de haber dado un matiz tranquilizador, aunque exótico, al panorama desolado y grandioso.

Tierras sin cristianizar, pensaron sin duda los hispanos, es menester insuflarles un alma para que los campos se libren de maíz y produzcan trigo; para que la casa primitiva se torne palacio mudéjar; para que la pirámide —basamento de ritos vacíos— se transforme en la bóveda que cobija pensamientos y cantos, y el campanario que

convoca a las cosas, gloria para los hombres, las bestias, las cosas, se convierta en el Angelus redentor de los atardeceres. Tal el sueño de la conquista; un sueño que tardaría tres siglos en plasmar.

Por lo pronto, levantando el polvo inclemente de la llanura, cruzáronse las procesiones de las embajadas, los guerreros y los curiosos. De todas las aldeas acudían a los caminos, malas veredas deshechas, multitudes curiosas, oscuras de piel, fuertes los miembros, extática, inexpresiva la mirada; razas olvidadas del Génesis, ¿de dónde salían, junto con su extraño mundo, incógnita de la historia?

Los naturales también experimentaban pasmo; pero la mente primitiva no tiene problemas. Una leyenda les explicaba todo. Una raza descendida del sol marchaba por sus campos; eso era todo, sin antropología y sin historia. Una raza poderosa que quizás podría aligerarles un poco la diaria rutina de laborar el campo de sol a sol, a fin de que el colector imperial tomara las cosechas, dejándoles apenas el sustento; quitándoles las hijas para violarlas y ponerlas en servidumbre; los hijos para enrolarlos en el ejército, si no es que para darles trato de prisioneros, es decir, mercancía del matadero público. No existía ni podía existir la conciencia nacional que rechaza al invasor del territorio. Cada tribu combatía en defensa de su predominio y con el deseo manifiesto de contemplar la destrucción del vecino.

Queriendo ser más que los tlaxcaltecas en su devoción a los conquistadores, diez mil cholultecas salieron al encuentro de Cortés, no en armas, sino cargados de presentes: rosas y aves, pan de maíz y cerezas, todo al "estruendo, que no melodía, de una música desunida", dice el cronista. Cerca de la ciudad esperan los sacerdotes de vestiduras blancas —de género burdo de algodón— incensando recreaban el olfato de los españoles, cantaban y tocaban cornetas y trompetillas. Por hospedaje les dieron una casa que se parecía "a los alcázares antiguos de España".

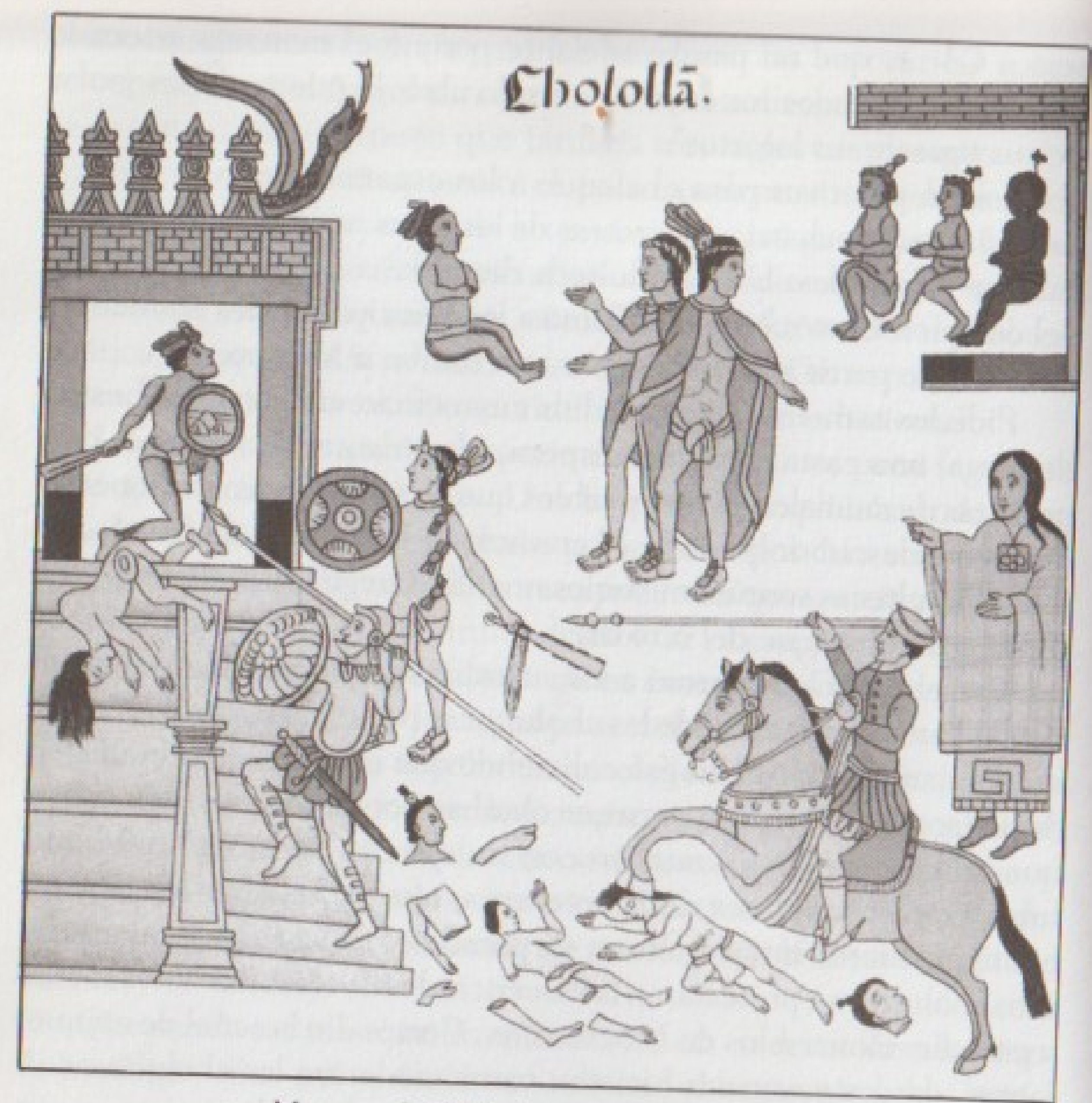
Tal fue la recepción, pero a poco advirtieron los españoles que quedaban, en la dicha casa más bien como presos, pues la comida disminuía, y las visitas. Llevaba Cortés con los suyos a tres mil tlaxcaltecas escogidos; de suerte que, por lo pronto, su situación no era peligrosa. Pronto se vio sin embargo que, detrás de la malicia de los cholultecas, estaba el poderío de Moctezuma. Una vez más se aconsejó a Cortés que no pasase adelante porque el monarca azteca lo destruiría con todos los suyos "con sólo abrir la puerta de las jaulas de sus tigres y sus lagartos".

Los preparativos para el ataque a los españoles eran evidentes; los guijarros llenaban ya las azoteas de las casas por donde tenían que salir los españoles. Una cholulteca dio a doña Marina los detalles del complot. Cortés entonces llamó a los principales y les anunció su decisión de partir al día siguiente con rumbo a México.

Pide los tamemes, o sea indios cuyo oficio era servir de bestias de carga, una casta esclava indispensable en aquellas naciones desprovistas de animales de tiro; pueblos que en miles de generaciones no llegaron a descubrir la rueda. Al anuncio de la decisión de Cortés, los jefes cholultecas sonríen misteriosamente. Luego reparten a sus guerreros para el ataque del otro día.

Prevenido, Cortés armó a los suyos, preparó su artillería, y mandando llamar a cuarenta de los cholultecas principales, hízoles confesar su plan; se excusaron éstos diciendo que era verdad su intención de matar a los españoles, pero que obraban por temor a los mexicanos, que en las cercanías contaban con un ejército de treinta mil hombres. Los embajadores de Moctezuma, que se hallaban en cámara contigua, fueron interrogados y, sorprendidos en su secreto, acusaron a los cholultecas, protestaron la inocencia de Moctezuma. Visto lo cual y para aleccionar a los de Moctezuma, Cortés dio la señal de ataque: lanzas, dardos y espadas hicieron carnicería entre los cholultecas. A seis mil cholultecas ascendió la matanza —dice el cronista—, sin ofender ni tocar a las mujeres y a los niños.

Este penoso incidente de la conquista —llamado por los españoles mismos, con su gran franqueza, Matanza de Cholula— ha sido presentado más tarde por los partidarios del imperialismo anglosajón como una atrocidad innecesaria y sin ejemplo en la guerra. Que juzgue quien quiera que haya leído un poco de historia y dirá si guerreros de otra sangre se hubiesen limitado a quemar, como los españoles, una torre en que se hicieron fuertes algunos combatientes, en vez de prenderle fuego a toda la ciudad. En la guerra, el miedo es el mejor aliado de la crueldad y era natural que los españoles acorralados, desesperados, pegasen sin ton ni son, aun cuando más tarde ellos, mejor que nadie, lamentasen la matanza. También cabe



Matanza de Cholula (Códice Florentino)

observar que en otras conquistas de la historia, el cronista, por encubrir a los suyos, se calla las atrocidades. Los españoles, poniendo como cristianos la verdad por encima del interés nacional, nos cuentan ellos mismos bochornosos sucesos que sin la denuncia de los autores hubieran quedado olvidados. Pocos rasgos como éste dan la medida de la grandeza de carácter del ibero.

Pasado el combate, no hubo represalia contra los prisioneros. Las noticias de lo de Cholula alarmaron a los tlaxcaltecas, que llegaron en auxilio de Cortés en número de veinte mil, y encabezados por el héroe Xicoténcatl.

Marcha a México

Tus órdenes, tu fortuna seguiremos; defiéndenos de aquel tirano; nuestras personas, nuestras mujeres y nuestros hijos entregamos a tu protección... Así había dicho Xicoténcatl, el capitán general de los tlaxcaltecas, cuando pactó la paz con don Hernando. De igual modo, aunque con menos elocuencia, irían pensando o diciendo la mayor parte de los caciques de todos aquellos reinos, cansados del despotismo azteca. Y esta situación explica, mejor que la ventaja de las armas de fuego, el hecho asombroso de la conquista de tantos millones de aborígenes por un puñado de españoles.

"Compuso Cortés las diferencias entre aquellas repúblicas y quedaron por su respeto amigas y confederadas", dice Argensola. Consolidado su dominio sobre el terreno en que avanzaba, dueño de la alianza que resultó siempre fiel de los tlaxcaltecas, apoyado también por algunos millares de cholultecas, pudo el capitán español reanudar confiado su marcha hacia la capital de Moctezuma. Seguía oponiéndose éste a la entrada de los hispanos, pero en forma vacilante. Impresionáronle ciertos augures con la idea de que, siendo pocos los españoles, fácilmente podría acabar con ellos si los dejaba llegar y los encerraba en la propia Tenochtitlan. En consecuencia mandó retirar los treinta mil soldados que habían amenazado a Cholula y envió a Cortés nueva embajada "con abundante comida, diez platos

de oro y mil quinientas ropas de algodón", y la expresa invitación de que pasase a ser su huésped.

Avanzaron los de Cortés, pero por caminos distintos del que señalaban los mexicanos. Subieron la sierra que separa el valle de Puebla del valle mexicano entre los dos volcanes sagrados, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. Desde las cumbres más altas descubrieron el amplio horizonte de valles y arboledas, lagunas y caseríos. El espectáculo grandioso infundía temor y asombro. Era un privilegio raro contemplar hermosas regiones desconocidas del europeo; sin embargo ¿podrían contar su hazaña los que se habían metido en aquella aventura increíble, rodeados de traiciones y riesgos, sobrepasados en número de manera abrumadora?

Durmieron sobre la serranía los invasores, salvo el jefe que los guiaba, que se pasó la noche recorriendo los puestos y en uno de ellos estuvo a punto de ser muerto por su propio centinela: tanta era la nerviosidad del momento. Al amanecer, bajaron al llano los españoles, con sus seis mil tlaxcaltecas, menor número de cempoalas y varios miles de cholultecas, convertidos también en soldados de Castilla. Todavía hizo Moctezuma otra intentona para detener en aquel sitio a los invasores. Mandó decir a Cortés que si retrocedía y se embarcaba, le daría tributo y reconocería por señor al rey de España; de lo contrario, advirtió, no se hacía responsable del daño que acaeciera a los españoles. Repuso Cortés que ningún daño podría ocurrirle, ya los mexicanos nobles que se acercaban con demasía al campamento les previno "que no anduviesen de noche por su cuartel, porque los españoles ni dormían ni se desarmaban y era su costumbre matar al que atravesaba a deshora entre ellos".

En Amecameca descansó la tropa otro día. Era entonces dicha ciudad pertenencia del reino de Chalco, cuyo cacique obsequió a los españoles cuarenta esclavas y tres mil pesos en oro, añadiendo como de costumbre quejas contra los mexicanos. A las puertas mismas de la capital azteca, el descontento y la traición seguían siendo los instrumentos más poderosos de la conquista.

Antes de llegar a Texcoco, que era por entonces, según los cronistas, "ciudad dos veces tan grande como Sevilla, de altivos edificios cuyos cimientos baña el agua de una gran laguna", nueva embajada amenazante de Moctezuma hizo comprender a Cortés

la debilidad de este monarca. Y otra vez, al hospedarse en Tláhuac, el cacique local se le ofreció advirtiendo que no creyese en las dificultades del camino a México, pidiendo que le amparase contra Moctezuma. En Iztapalapa obtuvo Cortés la acostumbrada pleitesía de muchas esclavas y cuatro mil pesos de oro. El cúmulo de esclavas no servía, precisamente, para los deleites de los soldados, sino más bien para el servicio de avituallamiento. Indias esclavas o voluntarias acompañaban a la tropa en calidad de molenderas del maíz que se usaba en las tortillas y como cocineras y sirvientas de todo género. El cacique de Iztapalapa era sobrino de Moctezuma y con él se repitió el hipócrita intercambio de cortesías y de presentes. Los que Cortés daba a cambio de oro valían, reconoce el cronista, "más por la extrañeza que por el valor".

Diez mil casas contaba Iztapalapa, de ellas como cinco mil sobre el agua y otras en tierra firme, rodeadas de arboledas y huertos en los que frutos raros como las tunas o el chayote despertaban la curiosidad; también abundancia de capulines que los españoles llamaban cerezas, por analogía con la cereza europea, que sólo después llegó a nuestra patria. Disfrutando aquella relativa abundancia descansaban los invasores, y en tanto que los agentes aztecas insistían describiendo las dificultades del camino que faltaba, Teuch, caballero cempoal del séquito de Cortés, reía prometiendo introducir a Cortés segura y fácilmente "hasta el Palacio mismo de Moctezuma".

Hallábase México a la vista. Altos edificios blancos cercados por el agua, comunicados con tierra por medio de puentes levadizos. En los canales y lagunas, canoas en gran número. Al frente de la gran calzada, un baluarte de piedra con dos torres "a cada parte" y un pretil con almenas hasta el cual salieron a esperar a la columna española cerca de cuatro mil nobles cortesanos vestidos del mismo traje. Y en vez de combatir saludaron tocando tierra con la mano derecha, besándosela luego y "haciendo humillaciones". Detrás apareció Moctezuma llevado del brazo por dos altos dignatarios lujosamente vestidos, pero descalzos y còn los ojos humillados. Moctezuma vestía gasa de algodón con una grande esmeralda pendiente de la nariz y otras de las orejas; los pies con calzas de oro y pedrerías. Avanzaba debajo de un palio tejido de oro y plumas verdes que sostenían cuatro grandes señores. Procedíanle en hilera otros tres que llevaban una vara de oro



Plano de Ciudad de México

a manera de cetro. Detrás, en procesión, como doscientos principales, y a los costados unos tres mil que se arrimaban a las paredes, los ojos fijos en el suelo.

Luego que Cortés descubrió al monarca, apeándose del caballo adelantóse intentando besarle la mano, pero lo impidieron los ayudantes, pues no era permitido tocar su persona. Bajó Moctezuma la mano a tierra y luego se besó los dedos. En este instante los es-

pañoles, que avanzaban en formación cerrada, dispararon una salva de artillería que, al asustar a los indios, por poco acaba con el ceremonial. Entonces Cortés echó al cuello del monarca un collar de vidrios españoles, correspondiendo Moctezuma con otro collar que puso en el cuello de Cortés.

Era la calle muy ancha y los edificios bien labrados de cantería; gente innumerable ocupaba el trayecto. Una milla anduvieron por la calle hasta el palacio en que fue alojado Cortés. El asombro dilataba las pupilas de aquellos europeos que, más afortunados que Colón, veían de cerca el extraño nuevo mundo recién descubierto.



Encuentro de Moctezuma y Cortés (Códice Florentino)

En un vasto palacio fueron alojados cómodamente los españoles, en cámaras espaciosas y con patios y servidores. El recinto fácilmente podría convertirse en fortaleza, y Cortés que no perdía detalle, mandó instalar su artillería a la puerta.

Pasaron los días, y los españoles pudieron darse cuenta de la riqueza de Moctezuma y la miseria de su pueblo. Quinientas esclavas tenía el harem real y numerosos guardias y servidores, con casa para las aves y los animales raros, y los jardines. Por la ciudad, templos numerosos; al centro el teocalli, el altar mayor de los sacrificios; mercados con abundancia de exóticos productos, y en los barrios y canales la inmundicia, llevada al colmo, de los que en canoas transportaban y vendían el excremento humano.

Al punto Hernán Cortés hizo de teólogo. En largas discusiones trataba de convertir a Moctezuma y a sus nobles a la fe de Jesucristo. En el aposento mayor instaló el primer altar cristiano, y frente a la casa, una cruz para que la viera la muchedumbre. Y se dijo la primera misa.

Pero no todo era paz y concordia en derredor. Al contrario, crecía en los indios la tentación de matar por asalto al puñado de extranjeros. Se sucedían los complots, enterándose Cortés de casi todos ellos por denuncias que le llevaban sus aliados. Esto determinó en Cortés la resolución audaz de apoderarse de Moctezuma. La noticia de un combate en Veracruz entre un grupo de españoles y más de cinco mil guerreros aztecas que lograron aprisionar a un español, a quien mataron, dio el pretexto. Los cholultecas y tlaxcaltecas renovaron su apoyo y, seguro ya de sus alianzas decidióse.

Acudió Cortés al palacio de Moctezuma con gente armada. Lo recibió éste afablemente, pero tuvo que soportar las quejas de Cortés y no creía lo que pasaba cuando se le intimó a que se diera por preso. En unas andas fue conducido al palacio de los españoles. Pronto, a su vez, los españoles se vieron sitiados, aunque a distancia. Ocultamente se les hostilizaba. Moctezuma aceptó la situación mal que bien; aconsejó a los suyos que no intentasen rebeliones, y se puso a despachar los asuntos de Estado, pero siempre bajo la guardia de los españoles. Comprendiendo éstos que tal estado de cosas no podría prolongarse, aprestáronse a la defensa. La mejor salida era la que ofrecían los canales; en consecuencia, decidieron construir

dos bergantines con capacidad para doscientos hombres cada uno. Mientras, de su residencia hicieron fortaleza.

Los preparativos del guerrero nos interesan menos que el fervor, extraño para nuestra época, con que Hernán Cortés continuaba en medio de los afanes bélicos su tarea de proselitismo.

Empeñado en convertir a sus enemigos a la fe, no sólo procuraba persuadirlos; no perdía ocasión de condenar sus prácticas de idolatría sanguinaria. En pláticas que "con toda la ciudad tuvo", declaró, según refiere Argensola:

"Aunque sea verdad, hermanos míos, que todos somos de una misma naturaleza, conviene que haya diferencia y que los sabios ejerciten el gobierno de los que no lo son. Entended que la causa que a mí y a mis compañeros nos ha traído a vuestras provincias, fue desengañaros de vuestros errores y de vuestros vicios, y traeros a la senda de las virtudes que se alcanzan con la verdadera religión. Bien habréis entendido que no nos trajo la codicia de vuestras haciendas, pues no tomamos de ellas sino la parte que nos habéis dado. Tampoco llegamos a vuestras mujeres, hijas o hermanas, porque atendemos a salvar nuestras almas. Todos los hombres confiesan que hay Dios pero no todos saben cuál es el verdadero, si es uno o muchos. Sabed, pues, que es uno, y el que adoramos los cristianos, que creó los cielos y la tierra. Y, por la gracia, nos hizo sus hijos". Pasó en seguida a condenar los ídolos, los sacrificios y todas las abominaciones que profesaban. Moctezuma estuvo atento a sus razones y respondiendo a ellas, dijo: Que no podía negar la adoración a los dioses, que tanto habían prosperado su imperio y le multiplicaban las semillas, sazonaban sus climas para la vivienda universal, a quienes sus progenitores habían adorado. Que temía que sus vasallos tomarían las armas para vengar cualquier desprecio de sus dioses o que pasarían a otras tierras negándole el vasallaje. Y dando algunos suspiros dijo que lo trataría con los sacerdotes. Cortés le replicó que si sus vasallos se le rebelasen, él se los reduciría; que no temiese y mucho menos si pensaba recibir la religión cristiana. Díjole en efecto Moctezuma que hiciese lo que quisiese, pero que si, por estar los mexicanos hostigados, le quitasen la comida a él y a los españoles, o les resultase algún daño que él no pudiese reparar, no corriese por su cuenta. Cortés, con aquella permisión, levantó en buena parte

del templo un altar y en él, con íntima devoción, las imágenes del Crucificado y de la Virgen María, su Madre y Señora Nuestra. Y vistiéndose de gala, con todos los españoles que le imitaron, formando una piadosa procesión se arrodillaron ante el nuevo altar. Cantaron el himno *Te Deum laudamus*. Permitió Dios que ayudase a la solemnidad un grande número de cascabeles de oro, puestos en las orlas de las cortinas pendientes delante de los ídolos, vecinos a nuestro altar, porque corriendo aquellas cortinas formaban, meneados los cascabeles de sus toldos, un sonido como de campanillas suaves. Puesto Cortés de rodillas adoró al Crucifijo; y vertiendo copiosas lágrimas, le dijo en voz alta: "Infinitas alabanzas te sean dadas, Dios verdadero, en los siglos de los siglos, porque has permitido que al cabo de tantos años que el demonio con la abominación de sus errores, tiranizaba estas incógnitas naciones, asentado en este trono, le haya por nuestras indignas y débiles fuerzas desterrado a los abismos, donde mora. Suplícole que, pues nos has hecho tanta merced, te sirvas de favorecemos de aquí en adelante, para que tan buenos principios consigan su glorioso fin a honra y gloria tuya". Todo esto miraban y oían los mexicanos atónitos, pero rabiosos y ofendidos, tanto de nuestra religión como de la prisión de su rey. Vuelto Cortés a Moctezuma, le dio las gracias. Pero él, por dar alguna satisfacción a sus vasallos, mandó desmantelar una habitación en el barrio Tlatelulco, formada de aposentillos, donde ganaban estipendio cuatrocientas meretrices públicas, diciendo que por los pecados de aquellas mujeres habían los dioses permitido la venida de aquellos cristianos, y que en sus reinos y en su corte mandasen más que él. No es muy cierto que Moctezuma anduviese falso en esto; pues en ocasiones secretas se mostró bien dispuesto a recibir nuestra fe.

LA CIUDAD

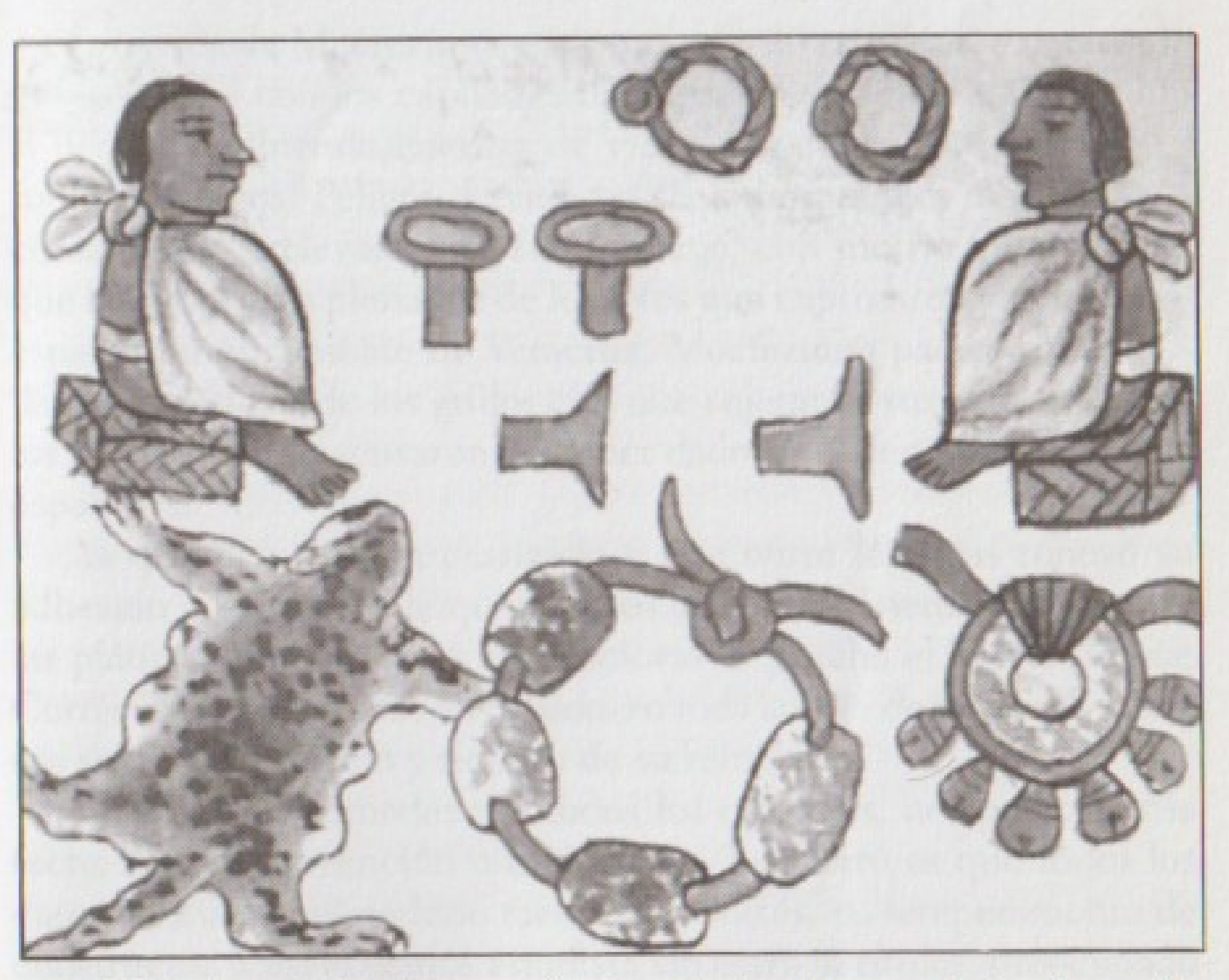
La curiosidad y la conveniencia militar llevaron a los españoles a recorrer la ciudad. Abarcaba ésta, desde lo que hoy es San Antonio Abad y el barrio de San Pablo, hasta el puente de Alvarado. Al sur no llegaba a Chapultepec, aunque recibía de allí el agua potable, y por el norte concluía en lo que hoy es Peralvillo.

Calcula Pereyra que no podía tener más de sesenta mil habitantes y no trescientos mil como afirman los cronistas. En la gran plaza central estaba el teocalli, donde hoy se halla la catedral. Era el teocalli una pirámide trunca a cuya meseta se llegaba por ciento catorce gradas de más de un palmo cada una. En la meseta estaba la piedra de los sacrificios frente a los ídolos ensangrentados. El mayor representaba a Huichilobos, el dios de la guerra: grotesca falla en piedra destinada a provocar el espanto.

Comunicábanse los barrios por medio de canales; no tenían puertas ni vidrieras las casas, aunque muchas eran espaciosas, de vastos aposentos y con patios y hortalizas. El lugar más concurrido era el mercado, cuyo estruendo en los días de tianguis (feria), se escuchaba "una legua a la redonda", exageran las crónicas. Sobre lo que en él se veía, todos dejan la palabra a Cortés, cuya prosa elegante y sobria hace pensar en otra de sus afinidades con Julio César.

"Tiene esta ciudad muchas plazas —decía Cortés—, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la (de la) ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente alrededor de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, buharros, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas destas aves de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas, y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calles de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas, que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras (islas) y en estas maguey, que es muy mejor que arrope, y destas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón de todas colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores, cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo

y sin él, teñidos blancos y de diversas colores. Venden mucha loza en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, lebrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aún por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría



En la plaza de Tlatelolco se ofrecían todo tipo de mercaderías y la semilla de cacao servía de unidad monetaria (Códice Florentino)

ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia (el tecpancali) donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende, y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa".

LA ABDICACIÓN DE MOCTEZUMA

La vida de Moctezuma prisionero era divertida a ratos, cuando jugaba con los capitanes de Cortés pagando tejuelos de oro si perdía, recibiendo cuentas de vidrio si ganaba. Otros instantes fueron amargos. Peligro de vida no tenía porque era el rehén que contenía las sublevaciones; sin embargo, con motivo de la quema que hizo Cortés a plena luz de los jefes que capturaron y mataron al español en el combate de Veracruz, Moctezuma padeció la humillación y el dolor de los grillos con que sujetaron sus puños porque los ajusticiados lo acusaron de haber dado las órdenes de batir a los españoles.

Ya que estuvo bien castigado y que entre lágrimas renovó su adhesión a Cortés, se le quitaron los grillos y volvieron los juegos y las pláticas. Que no eran éstas ociosas lo prueba el hecho de que Cortés logró obtener de su prisionero toda suerte de informes valiosos sobre la extensión y riqueza de su reino.

Noticias confirmadas por todos los cronistas, nos parecen a la fecha fruto de invención o de leyenda. Lo cierto es que todos los datos confirman el poderío mental de Cortés, su temperamento de constructor. Y así lo vemos estadista sin cetro ni títulos, preocupado sin embargo de la expedición que manda a explorar por donde le dicen que hay oro. Para explorar por el norte comisionó a su sobrino



Moctezuma prisionero (Códice Florentino)

el capitán Pizarro y se pasaba las horas mirando el mapa rudimentario que Moctezuma le mostraba, con todo el litoral del Golfo, de Pánuco a Coatzacoalcos. Anteriormente y desde Tlaxcala, había mandado explorar por el Pacífico, en busca del Mar del Sur que creían los españoles sería trayecto fácil para Cipango y los mercados de las especias.

Los intentos de rebelión se sucedían, pero Moctezuma los aplastaba. Formalmente llegó Moctezuma a convocar a su pueblo para proclamar delante de todos lo que prácticamente era una abdicación en favor del rey de España. La hizo llorando. A su lado Cortés lo consolaba.

AUTO DE FE

Y como si no bastara para irritar a los indios la prisión de Moctezuma y las humillaciones que sufría, las traiciones que se veía obligado a consumar con los suyos, Cortés —que además de militar era un iluminado de la fe y un Quijote— sintió que no podía aplacar su conciencia, no podía creer en su triunfo, si no daba contra los ídolos como en Cempoala, como en Cholula. Acompañado de unos cuantos soldados y sin hacer caso de los sacerdotes y guardianes, subió al templo mayor, penetró en uno de los adoratorios y con una barra de hierro empezó a pegar. Viniéronse abajo las máscaras de oro, cayeron luego en pedazos las estatuas, mientras Cortés, bien enterado del riesgo de lo que hacía, clamó: "A algo nos hemos de poner por Dios". Y como no era un iconoclasta moderno de los que profanan santuarios pero los dejan vacíos porque nada tienen que poner en ellos, sino un propagandista de la fe, Cortés en el lugar de los ídolos caídos hizo construir dos altares "e puso en una parte la imagen de Nuestra Señora en un retablico de tabla y en otra la de San Cristóbal".

La sublevación general no se hizo esperar. Supo de ella Moctezuma y rogó a Cortés que se marchase. A lo que Cortés repuso que la marcha le tomaría tiempo porque había quebrado sus navíos, y que a la hora de partir se llevaría con él a Moctezuma.

En realidad la situación de los españoles era desesperada; se hallaban prisioneros aunque mandasen hasta donde alcanzaban sus brazos. Cercada por aguas la ciudad, ponían la esperanza en los bergantines; pero éstos también podían ser atacados y abrumados por el número en caso de retirada.

Un nuevo mal, acaso más terrible, vino a aumentar las preocupaciones de Hernán Cortés. El propio Moctezuma, su prisionero, comunicóle una mañana que en Veracruz habían desembarcado 1400 castellanos llegados en 18 navíos. Pensaron al principio los españoles que se trataba de algún refuerzo enviado como consecuencia de la embajada de Puerto Carrero y Montejo ante el rey. Lo que sucedía era que Velázquez, irritado por el paso de los barcos de los citados mensajeros sin tocar Cuba, echó mano de todos sus medios y organizó una expedición con más del doble de los recursos con que Cortés podía contar. Puso la fuerza a cargo de Pánfilo de Narváez, a quien ordenó trajese preso a Cortés.

Era Narváez de cuarenta años, alto, rubio, bermejo, valiente y honrado, pero vanidoso y necio. Desde el comienzo lo acosó la mala fortuna. Los indios que recogió por la costa, contagiaron a sus soldados de la viruela. En Veracruz acampó en el arenal y todo su empeño fue procurar la deserción de los que estaban con Hernán Cortés y que por haberse hallado en relación con Velázquez podrían traicionar al jefe nuevo. Era tarde. Por una parte, Cortés era para entonces el caudillo admirado sinceramente por todos, y además cada uno de los capitanes, aun cada soldado, tenía ya el orgullo del conquistador y las riquezas acumuladas de saqueos y dádivas. ¿Qué podían ofrecer que fuese tentador, los recién llegados? ¿Ni qué autoridad moral tenían sobre los que sentíanse héroes de leyenda, señores de comarcas y pueblos?

Cada uno de los espías que Narváez enviaba iba a parar en manos de Cortés, que, lejos de castigarlos, colmábalos de presentes, con lo que devolvía y superaba la astucia de Narváez, sembrando en las tropas de éste la ambición del oro, que ya no era necesario ganar con riesgos, puesto que Cortés lo repartía con abundancia.

Otro que no fuese Cortés, ante la necesidad de ir a enfrentarse con un enemigo de la importancia de Narváez, sin duda desaloja la ciudad de México, acaso reclama el auxilio de Moctezuma y lo echa todo a perder.



Pánfilo de Narváez

El sistema cortesiano, quijotesco, cristiano, de jugarse constantemente el todo por el todo, dio en esta ocasión a Cortés uno de los más brillantes triunfos de la historia militar de todos los tiempos. Salió de México al encuentro de su enemigo mortal, poderoso, con ochenta peones, y a Pedro de Alvarado le dejó para que siguiera sojuzgando, mandando, un reino de varios millones con ciento veinte soldados españoles. ¡Cierto que también le dejaba la prenda del monarca complaciente, prisionero de prisioneros!

Cuando Moctezuma preguntó a Cortés por qué se disponía a batir a los recién llegados a Veracruz, que también eran blancos y súbditos del mismo rey, Cortés contestó como quien ya era de casa en el territorio: "Súbditos del mismo Rey somos, pero algunos, como nosotros los castellanos, servimos al Rey, y otros, los vizcaínos, son bárbaros, descomedidos como los otomíes".

A su paso por la ruta de Veracruz, recoge las guarniciones españolas de Cholula y otros sitios. Y resulta que los aliados indígenas se resisten a seguirlo cuando saben que se trata de batir teúles o sea castellanos. Algunos cientos de guerreros bien escogidos se deciden sin embargo, y Cortés avanza por Huatusco, en tanto que Narváez se acuartelaba en Cempoala.

En este lugar, Narváez siguió disparatando; trató mal a los mensajeros que Cortés, siempre deseoso de evitar que corriera sangre, le mandó proponiendo paces. No era tanto que las buscase como el propósito, que consiguió, de minar la fidelidad de los soldados de Narváez. Pronto el real de Narváez estuvo dividido entre los que le eran fieles y los que deseaban pronunciarse en favor de Cortés.

El lunes 28 de mayo de 1520, acampó Cortés en las márgenes del río de las Chachalacas, a una legua de Cempoala. La arenga que en este sitio dirigió a sus tropas no puede omitirse en ninguna historia del gran capitán:

"Bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado a punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido. Pues no hay que traerlas a la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos, y aguas, y vientos, y algunas veces hambres, y siempre traer las armas a cuestas, y dormir por los suelos, ansí nevando como lloviendo, que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de más de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todos vuestras mercedes, cómo estáis antrapajados y mancos de heridas, que aún ahora están por sanar; pues que les quiera traer a la memoria los trabajos que trujimos por la mar, y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de Almería y lo de Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras y caminos nos procuraban de quitar lás vidas. Pues en las batallas de Tlaxcala en qué punto nos pusieron y cuáles nos trayan; pues la de Cholula, ya tenían puestas las ollas para comer nuestros cuerpos; pues a la subida de los puertos no se les habrá olvidado los poderes que tenía Moctezuma para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de pinos y árboles cortados; pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de Méjico, cuántas veces teníamos la muerte al ojo, ¿quién los podrá comprender? Pues vean los que han venido, de vuestras mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernández de Córdoba y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres e sed, heridas e muertes de muchos soldados que en descubrir aquestas tierras pasastes, y todo lo que en aquellos dos viajes habéis gastado de vuestras haciendas.

"Y dijo que no quería contar otras cosas muchas que tenía por decir por menudo, y no habría tiempo para acaballo de platicar, porque era tarde, e venía la noche. Y más dijo: Digamos agora, señores, cómo viene Pánfilo de Narváez contra nosotros, con mucha rabia y deseo de nos haber a las manos, y no habían desembarcado, y nos llamaban de traidores y malos, y envió a decir al gran Moctezuma, no palabras de sabio capitán, sino de alborotador. Y demás desto, tuvo atrevimiento de prender a un oídor de Su Majestad, que por sólo este gran delito es muy digno de ser castigado. Ya habrán oído cómo han pregonado en su real, guerra contra nosotros, a ropa franca, como si fuéramos moros".

Llovía a torrentes. Los de Narváez, desprevenidos, se hallaban a cubierto. Entraba la noche, y Cortés dijo a los suyos que era preferible "pelear pues no se podía dormir". Distribuyó a su gente: a Pizarro con sesenta hombres le encomendó capturar la artillería de Narváez; Juan Velázquez de León con sesenta peones atacaría el cuartel.

Poco duró el asalto: Narváez, sorprendido, peleó hasta perder un ojo y tuvo que rendirse; otros resistieron más, pero fueron derrotados; la caballería de Narváez no tomó parte y se rindió al saber la captura de su jefe.

Muy castellanamente, al día siguiente el vencedor visitó al vencido. Narváez dijo:

—"Señor capitán Cortés: Tened en mucho el haberme preso".

—"Doy gracias a Dios —dijo Cortés— y a mis esforzados caballeros, mas una de las menores cosas que he hecho en esta tierra es desbarataros y prenderos".

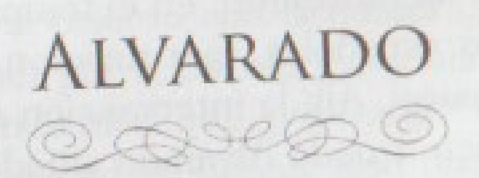
Palabras irónicas y soberbias, de una verdad dudosa, pues toda la carrera de Cortés se hubiese quebrado como sus naves si no derrotara a Narváez. Ahora, en cambio, sonreía el capitán a la vista de las dieciocho naves que le heredaba Narváez y más aún contemplándose dueño de un ejército blanco superior al que había traído, si no en calidad sí en el triple número.

Entonces, antes de pensar en el regreso a México y la entrada triunfal que le aseguraría el dominio sobre Moctezuma, se reveló en Cortés el hombre que posee la seguridad de su destino y el estadista que, desde antes de la victoria, traza los planes de la reconstrucción nacional. Fraccionando a sus fuerzas con osadía escalofriante dada su escasez, manda a Diego de Ordaz para que ocupe Coatzacoalcos y a Velázquez de León a que reconozca el Pánuco, por donde tiene noticias de que ya anda uno a quien más tarde había de procurar suerte parecida a la de Narváez. Y lo estupendo: manda un agente con dos navíos a la isla de Jamaica para que traiga ovejas, toros, cerdos y caballos a efecto de enriquecer el continente con las especies privilegiadas de Europa.

Sólo esta medida de genio, por la previsión que supone y por las circunstancias en que se produjo, bastaría para acreditar de grande a su autor, para hacerlo digno de encomio y remembranza como civilizador y padre de nacionalidades. De Guatemala a Texas y California no hay quien no reciba hasta el día los beneficios de aquel rasgo, quijotesco por la inseguridad de su situación, realista y provechoso como si Sancho Panza lo consumara.

Quijote en el plan, Sancho Panza en la realización; tal nos parece el primero de los conquistadores de todas las épocas, Hernando Cortés y Monroy.

ALVARADO



Prueba de que cualquier Capitán valiente no hubiera bastado para consumar la conquista, es el caso de Alvarado. Dueño del reino, puesto que tenía en su poder a Moctezuma, bien pudo esperar cautelosamente a que Cortés regresase. Su imprudencia y su recelo estuvieron a punto de echarlo todo a perder, puesto que la matanza del templo es antecedente obligado de la Noche Triste.

Sucedió que no cesaban los rumores de un alzamiento. Es natural que los que quedaban con Alvarado se hallasen intranquilos. Ciento veinte, aunque fortificados, eran muy poco enemigo para los millares de guerreros que los aztecas podían concentrar para un ataque. Díjose que este ataque coincidiría con la fiesta del Toxcatl, quinta del calendario azteca y dedicada a los sacrificios más solemnes. Para la víctima primera escogíase un joven, el más hermoso que pudiera hallarse. Un mes antes discurría por la ciudad con lucido séquito y adornado de flores, tocando la flauta. Veinte días antes del sacrificio se le daban cuatro hermosas doncellas para que las disfrutase; los últimos cinco días eran de banquetes; por fin se le conducía al adoratorio; en cada grada iba rompiendo una de las flautas que había tañido; en la meseta superior se le acostaba, se le abría el pecho y se le sacaba el corazón. Después seguía el sacrificio de incontable número de víctimas.

A Pedro de Alvarado se le ocurrió iniciar una matanza como la de Cholula, precisamente el día de la fiesta, que según suponía era el señalado para el alzamiento. Se adelantó a los acontecimientos, rescató a tres de las víctimas principales, no sin antes matar a los nobles que presidían las ceremonias.

Los indios no se atemorizaron; en el templo mismo respondieron agrediendo a los españoles, que tuvieron que replegarse y se encerraron en su cuartel. Allí la intervención de Moctezuma puso término al asalto, pero quedó Alvarado sitiado. Sus asaltantes se retiraron cuando se supo que regresaba Cortés victorioso.

Nadie salió a recibir a Cortés; pero en cambio ahora entraba en México al frente de más de mil peones españoles, cien jinetes y artillería duplicada. Se reunió con Alvarado y a Moctezuma no se dignó saludarlo. Quiso repartir castigos pero no aparecía contra quien recayesen. La ciudad seguía en silencio y el mercado estaba desierto. Para ordenar que saliesen las gentes al mercado, salió Cuitláhuac. No hizo éste sino sumarse al tropel de combatientes que encabezados por Cuauhtémoc, sobrino de Moctezuma, avanzaban contra el cuartel de los españoles; intentando reprimirlos salió Diego de Ordaz, que pronto se vio envuelto y amenazado; al ir a socorrerlo, el propio Cortés resultó herido.

Los días siguientes fueron de asaltos y refriegas, que causaron a los españoles numerosos muertos y heridos. Se obligó a Moctezuma a que arengase a los rebeldes y contestaron éstos a pedradas; Moctezuma resultó herido.

La situación se agravaba día por día. Derrumbando las casas contiguas, Cortés comenzó a ampliar el radio de su dominio; quería recobrar la ciudad y según su costumbre, a la vez que pegaba proponía la paz. Los indios, primero rechazaron sus parlamentos, después lo engañaron. Simularon unas paces sólo para caer sobre Cortés cuando lo vieran escasamente acompañado al extremo de la calzada que habían ganado los españoles y les ofrecía salida.

Perdieron ese día la calzada, y esto hizo que la escapada que después se hizo de noche y sin camino expedito, resultase desastrosa.

En un último esfuerzo de contener a los descontentos, Moctezuma arengó a su gente desde la terraza de los españoles. La multitud le faltó al respeto, le lanzó guijarros, le obligó a retirarse mal herido. Pocos días después falleció Moctezuma, muy honrado por los españoles, que hasta el fin le mostraron consideraciones. Dos hijas suyas quedaron prisioneras y obligadas a seguir a los españoles en su escapada. Fueron más tarde hasta España; pero no como esclavas. En España casaron con la nobleza, y la nobleza de ellas mismas fue ratificada por la Corona española.

Dejaron descendientes que por varios siglos conservaron el título con honra, creando así uno de los primeros troncos hispanomexicanos.

¿Cuál otra nación imperial ha incorporado de esta suerte a su propia corte al vencido?

Por lo pronto para Cortés deben haber constituido un tremendo estorbo los prisioneros.

Asombra sin embargo enterarse de la forma disciplinaria en que se ordenó la evacuación, procurando salvar incluso el quinto del oro que correspondía al rey. Al frente, Gonzalo de Sandoval con doscientos peones, veinte jinetes y cuatrocientos tlaxcaltecas que acarreaban un puente para echarlo sobre los canales. Al centro, Cortés con la artillería y el grueso de las fuerzas y doña Marina, ocho españolas, numerosas indias de los pueblos amigos, las hijas de Moctezuma y otros prisioneros. A la retaguardia, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León con la caballería tomada a Narváez. En total, de siete a ocho mil hombres, de los cuales, dice Pereyra, sólo mil trescientos eran españoles.

Avanzando en silencio, pudo el grueso de la columna cruzar varios canales, pero en uno de los últimos puentes comenzó el ataque de los indios. Cedió el pontón de madera y casi toda la retaguardia cayó prisionera; según la leyenda, Alvarado se salvó mediante un salto a la garrocha; Velázquez de León murió peleando. Su viaje al Pánuco lo había demorado para prestar auxilio a Cortés. Muchos se quedaron para servir de víctimas en el teocalli. Roto el pontón, cada quien escapó según pudo. Las últimas cortadas se cruzaron a nado; los tesoros se perdieron. En cada puente los aztecas mataban a su sabor a los fugitivos. En un breve alto, miró Cortés a su gente herida, deshecha, y se le saltaron las lágrimas. De allí procede la hermosa leyenda de la Noche Triste.

En una eminencia coronada por un teocalli, donde hoy se halla el santuario de Los Remedios, los supervivientes lograron hacerse fuertes y contuvieron la persecución.

Al día siguiente, por Cuautitlán y Tepotzotlán, continuó la retirada. A los seis días de hambre y de refriegas menores por los pueblos que los recibían hostilmente, cerca de Otumba, se les presentó una fuerza enemiga destacada en su persecución. "Íbamos, dice Cortés, muy cansados y casi todos heridos y desmayados de hambre". Juntáronse para esperar el ataque. La táctica española era matar a los jefes, que se reconocían por sus insignias. Cortés en persona derribó al caudillo azteca y Juan de Salamanca lo mató; luego puso en manos de Cortés el estandarte del indio. Los demás atacantes se retiraron.

Pero la columna que hacía rumbo a Tlaxcala era lamentable. Se calcula que los españoles tuvieron no menos de seiscientas bajas. Los indios aliados perecieron casi en su totalidad. Cuarenta caballos se perdieron.

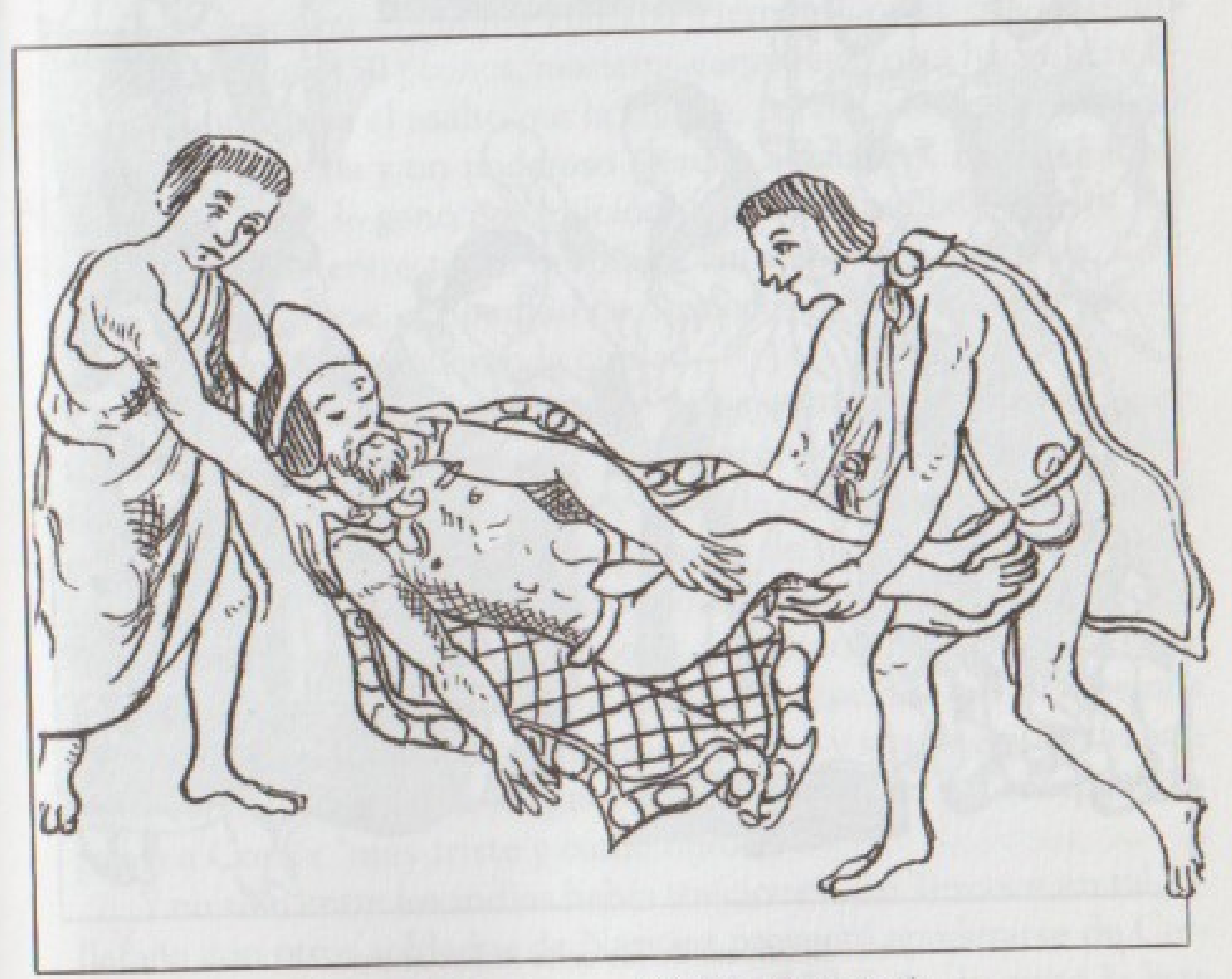
Tlaxcala, con su recibimiento cordial, salvó la conquista. En lo sucesivo, dice Pereyra, Cortés ya no se atendría a golpes de audacia: la cautela y la astucia serían ahora sus armas.

Menos de un mes duraron los preparativos. Entre los tlaxcaltecas y los mexicanos existía la provincia de Tepeaca. Este fue el terreno que Cortés ocupó fundando en él un centro español, una ciudad que se llamó Segura de la Frontera. Desde Tepeaca se fueron ganando los territorios de las cercanías del valle de México; Tecamachalco, Cuautitlán. Algunos pueblos se sometían voluntariamente. Con los indios, pues, iba a consumarse la conquista. A los tlaxcaltecos los disciplinó, los instruyó, los puso bajo el mando de oficiales españoles. En algunos sitios, la población se sublevaba y mataba las guarniciones hispanas. Contestaban los españoles con represiones brutales. Y poco a poco ganaron terreno hasta que un día la capital quedó cercada, a la inversa del primer intento de la conquista que consistió en apoderarse de la cabeza, o sea el monarca, pero dejando sin ocupar ni dominar el territorio.

Por la costa llegaron algunos refuerzos. Pedro Barba, que traía instrucciones de Velázquez para Narváez —ya prisionero de Cortés—, se unió a éste con trece hombres. Sesenta prófugos de la

malograda expedición de Garay al Pánuco se alistaron prestando buenos servicios. Un refuerzo que venía para Garay desembarcó en Veracruz y se sumó a Cortés con ciento cincuenta soldados y veinte jinetes, artillería y municiones. Otro navío, al mando de un Ramírez, trajo escopetas, ballestas, pólvora y caballos que destinaba para venderlos a los conquistadores, cuya fama empezaba a circular en Cuba.

Y la guerra se hizo cruel: las poblaciones indígenas eran saqueadas; algunos indios marcados con hierro ardiente; el pretexto era que comían carne humana. El mismo Cortés justifica el terror alegando que eran tantos que no se someterían sin castigo. Los tlaxcaltecas mostrábanse los más activos en el saqueo y la venganza. La epidemia a la sazón hacía estragos en los indios. Cuitláhuac, el sucesor de Moctezuma, fue víctima de la peste. Le sucedió Cuauhtémoc.



Muerte de Moctezuma (Códice Florentino)

Antes de apoderarse de su capital, Cortés bautizó a su reino. Pereyra copia: "Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me paresció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano, y así, en nombre de Vuestra Majestad, se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a Vuestra Alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así".



Bautismo de las ocho indias entre ellas la Malinche (Lienzo de Tlaxcala)

Contra Tenochtitlan

Al comenzar el ataque contaba Hernán Cortes con cuarenta caballos, 550 peones, maestros carpinteros para hacer bergantines propios para el asalto por la laguna, ochenta ballestas y nueve piezas de artillería y un poderoso ejército auxiliar. A Texcoco, inmediato a México, lo ganó por traición de su cacique Ixtlixóchitl. Los jefes indígenas entre tanto peleaban entre sí, se asesinaban. Después de asegurarse el dominio de Texcoco, se avanzó a Iztapalapa, donde los indios inundaron la ciudad.

Millares de tamemes, indios de carga, transportaron los bergantines, construidos en Tlaxcala, a Texcoco, donde fueron armados. Rodeando la ciudad llegó Cortés hasta la calzada por donde había escapado en la Noche Triste, saqueando de paso a Popotla. Sandoval atacó por Chalco; Xochimilco presentó resistencia dura, pero al fin fue ocupado. Cortés por poco es prendido. Cristóbal de Olid y los tlaxcaltecas lo salvaron de ir a parar al teocalli. Los prisioneros españoles eran inmediatamente sacrificados y sus miembros repartidos como trofeos entre los pueblos. La pérdida de sus compañeros ponía a Cortés "muy triste y como lloroso".

Y no sólo entre los indios había traiciones. En Texcoco un tal Villafaña con otros soldados de Narváez proyectó apoderarse de Cortés y matarlo. Súpolo Cortés, aprendió a Villafaña, le quitó la lista



Transportación de los bergantines

de los conjurados, pero como eran muchos, decidió romper el papel y publicar que Villafaña se lo había comido. Se colgó a Villafaña después de un proceso sumario.

Una vez lanzados al agua los bergantines, comenzó el asedio formal. Todas las operaciones quedarían sujetas a una Ordenanza que formuló Cortés en Tlaxcala, cuyo texto da idea del triple carácter del gran capitán: carácter de apóstol de la religión, de guerrero y de estadista, que sienta las bases de un orden nuevo. Pereyra resume estas ordenanzas como sigue:

"Porque por muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio e manifiesto quánto los antiguos que siguieron el exercicio de la guerra, procuraron e trabaxaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las quales y con su propia virtud pudieron alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerras que hobiesen de hacer e seguir; e por el contrario, vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres o muertes a los que no siguieron la buena costumbre y orden que en la guerra se debe tener; e los haber sucedido semejantes casos con poca pujanza de los enemigos, según paresce claro por muchos exemplos antiguos e modernos, que aqui se podrían expresar; e porque la orden es tan loable que no tan solamente en las cosas humanas, mas en las divinas se ama y sigue y sin ella ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ello sea un principio, medio y fin para el buen reximiento de todas las cosas.

"Por ende, yo, Hernando Cortés, capitán general e justicia mayor en esta Nueva España del mar Océano, por el Muy Alto, Muy Poderoso e Muy Católico D. Carlos, Nuestro Señor, electo Rey de Romanos, futuro Emperador Semper Augusto, Rey de España e de otros muchos grandes reynos e señoríos, e considerando todo lo susodicho, y que si los pasados fallaron ser necesario hacer Ordenanzas e costumbres por donde se rigiesen e gobernasen aquellos que hubiesen de seguir y exercer el uso de la guerra, a los españoles que en mi compañía agora están e estuviesen, e a mí, nos es mucho más necesario e conveniente seguir y observar toda la mejor costumbre y orden que nos sea posible, así por lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor, y de la Sacra Católica Majestad, como por tener por enemigos y contrarios a la más belicosa y astuta gente en la guerra e demás géneros de armas que ninguna otra generación, especialmente por ser tanta que no tiene número, e nosotros tan pocos y tan apartados de todo humano socorro; viendo ser muy necesario y cumplidero al servicio de su Cesárea Majestad, e utilidad nuestra.

"Mandé hacer e hice las Ordenanzas que de yuso serán contenidas e irán firmadas de mi nombre..."

Primeramente justifica la guerra como un apostolado, pues si no se aparta a los indígenas de sus idolatrías y hay otra intención en los conquistadores, "la dicha guerra sería injusta y todo lo que en ella se hoviese, obligado a restitución".

Establece penas contra la blasfemia. ¿Se deberá a Cortés que en México la blasfemia sea desconocida?

Prohíbe el juego de dados, y permite el de naipes moderadamente.

Fija los castigos contra los reñidores.

Hace obligatorio el alistamiento de todos los españoles en las capitanías, y sólo permite que anden sueltos los que tengan permiso especial.

Prohíbe estrictamente las burlas contra otras capitanías.

Da las reglas para los aposentamientos, individuales y colectivos.

Norma el servicio de cuadrillas, cabos, rondas y velas, banderas y tambores.



Batalla en la gran Tenochtitlan (Códice Florentino)

Dispone que en el fardaje no vayan sino los expresamente designados, "por ser esto pusilanimidad, cosa fea y mal ejemplo para los indios".

Veda de un modo terminante las arremetidas que no sean expresamente ordenadas, las entradas en las casas de los enemigos, los hurtos y los fraudes. El oro, plata, piedras, plumajes, ropa y esclavos debían manifestarse para que fuesen repartidos conforme a lo que cada cual sirviese y mereciese.



Cuauhtémoc prisionero es presentado ante Hernán Cortés y la Malinche. Pintores de la escuela Academica Mexicana

No detallaremos los episodios del largo sitio, casi todos ellos magníficos. En asaltos aislados perecieron muchos españoles; si era capturado alguno de ellos era luego sacrificado a la vista de sus compañeros. Morían los indios por millares, pero no se rendían. Más de cien mil llegaron a ser los que estrechaban el cerco de una ciudad que no contaba ya con apoyo externo alguno. Ya no tenían por dónde andar los sitiados "sino por encima de los muertos y las azoteas que les quedaban y a esta causa ni tenían ni hallaban flechas, varas ni piedras y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón". Casa tras casa fue ganada. Por fin, en un intento de fuga, es apresado Cuauhtémoc. Cuando Cortés lo supo, la hidalguía castellana volvió a imponerse: mandó que se pusieran mantas y esteras para recibir al prisionero. Y lo esperó en unión de los intérpretes doña Marina y Jerónimo de Aguilar, de Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid y García Holguín. Lo saluda Cortés y le ofrece asiento. Cuauhtémoc se acerca a Cortés diciendo ha hecho su deber y pide que le mate a puñaladas.

EL ESTADISTA



Cuando Goethe se afana en la creación de su segundo Fausto, el hombre que redimido de faltas y pecados, alcanza la madurez y ejercita poder sobre sus semejantes con el propósito de hacerlos dichosos y fuertes, cada lector siente que ha quedado corto el poeta. Y es porque en las cosas de la vida práctica y del destino social, suele la imaginación quedarse atrás de los hechos. Como que los sucesos humanos son obra de una Providencia que supera y sorprende a la más genial fantasía. Puede la imaginación, en el arte, superar a la naturaleza: pero la obra del destino, en el hombre y en los pueblos, hállase más allá de la simple naturaleza. Ya la visión del genio puede convertirse a lo sumo en factor del destino, pero no logra jamás reemplazarlo.

Así se explica que no existan en la literatura personajes con quien comparar a don Hernando. A todos los hombres de acción supera, y también al pobre doctor Fausto, dedicado a Ingeniero Civil después de soñar con la Tierra y el Cielo, y pese a que la venta del alma le produjo su Margarita y su Elena. Pero es que el angustiado Fausto tenía de padre a Goethe y no al Dios Padre. Y el padre teórico que fue Goethe dio en la simpleza de suponer que en "el origen era la acción". Ahora bien, sucede que los hijos de la acción no saben sino de acción y acaban en la impotencia o en la carica-

tura de la creación. Ya San Juan Evangelista, con genio muchísimo más penetrante que el de Goethe, había descubierto que en el principio era el Verbo, y el Verbo era Cristo. Y sucede, no sé por qué, que las obras de aquellos que no crean que primero es la acción, superan enormemente a las tristes obras de los devotos de la acción por la acción.

Hernán Cortés, al día siguiente de la rendición de Cuauhtémoc, era un Fausto sin literatura, pero fecundo y potente porque sabía que la acción ha de subordinarse al plan y que no hay plan sin idea, es decir, sin revelación de lo alto; que sin ella la obra de abajo deriva hacia el hormiguero, o bien a su réplica, la cuadrícula de los canales y las siembras del Doctor Fausto.

Hallóse Cortés frente a una situación privilegiada, singular en la historia; pero únicamente los genios de primera son capaces de aprovechar semejantes posiciones excepcionales de la historia.

¿Qué habría hecho en su caso una medianía? Exprimir el jugo de su conquista y volverse a España para comprar castillos, distinciones y goces. Hay hombres que apenas realizan un esfuerzo apreciable, ya hablan de vida tranquila y la buscan. Pero hay sujetos que no se cansan. Era de éstos Cortés. Un émulo suyo, también, a su modo, constructor de pueblos, Cecil Rhodes, utilizó sus triunfos para ganarse el monopolio de los diamantes. Y nadie le regatea la grandeza. Pero es como si Hernán Cortés, tras de la toma de México, se hubiese dedicado a manejar, a controlar el mercado mundial del oro. Hubiese pedido a España un gobernador que resolviese los problemas menores de la administración y él se habría quedado de presidente de metalúrgicos, acumulando millones y adquiriendo palacios en Madrid. Tal concepto ruin es propio del tipo moderno del conquistador, un poco a la manera de aquel Clive, empleado de la Mercantil East India Co., a quien se quiere presentar como émulo de Cortés en el Indostán.

Conviene tener en cuenta estos paralelos para mejor juzgar la categoría de nuestro Hernando Cortés.

Hecha la paz ¿qué es lo que proyecta, qué es lo que hace? No necesitamos hacer conjeturas. Cortés no es uno de esos héroes inéditos que el juicio ajeno o la fantasía anónima visten de propósitos, casi siempre imaginarios. El héroe clásico que es Cortés, superaba

en la guerra mientras era necesario guerrear, y en la paz construía; pero no por accidente de la hora, sino de acuerdo con planes de largo alcance y esos planes no se los inspiraban los leguleyos de su séquito; él también era leguleyo y escritor de calidad, según lo demuestran sus Cartas de Relación. Las Cartas de Relación de Cortés serían texto obligado de nuestros colegios y guía de nuestros gobernantes si no fuese porque todo el rumbo de nuestro desarrollo ha sido torcido por las influencias, extrañas y secretamente hostiles, que nos han dominado desde antes de la Independencia.

Por las Cartas de Relación sabemos lo que Cortés pensaba; por la contemplación de nuestro territorio, por el examen del mapa primitivo de América, nos damos cuenta de lo que Cortés realizó. Dondequiera que hay un olivar o un trigal; por donde pasan cascos de caballos o donde pacen ganados, por donde hay templos, palacios y torres, el nombre de Cortés hállase latente. Para cualquiera que contemple el diseño o la imagen del territorio magnífico que va de

De Contreyen vanden Eylanden ende
Lantdouwen: ghevonden ende Ghecon
questeert by den Capiteyn vanden alder
Doorluchtichsten Aldermoghensten ende
Onverwinlicsten Kaerle Ghecoren
Roomsch Keysere.



Cartas de Relación de Hernán Cortés

las Hibueras a California, el nombre de Cortés se aparece como un origen y símbolo de unidad nacional, racial, religiosa. Y por mucho que el olvido sistemático haya procurado borrar todas las huellas, dos puntos extremos del mapa americano llevan todavía el nombre del constructor: Puerto Cortés en Honduras y el Golfo de Cortés frente a Sonora y Baja California.

Veamos el desarrollo de tan magnífica empresa, tan vasta por la extensión, pero más durable y fecunda en el tiempo que las conquistas de César o Alejandro; ya no digamos de Napoleón, ese subhéroe, cuyo culto tanto daño ha hecho al pensamiento político y militar de estas naciones latinas del Nuevo Mundo.

Hecha la paz, lo primero que hizo Cortés fue reparar el daño de la ciudad, que era grande; el daño mismo abrevió el trabajo de la reconstrucción, dado que Cortés venía a cambiarlo todo de raíz, con el derecho que da una cultura incomparablemente superior a la que se reemplaza. No habría que pensar en guardar ídolos o restaurar groseras tallas en piedra, trabajo minúsculo de arqueólogos y de antropólogos. Cuando se puede sustituir un teocalli con una catedral, no vale el argumento de que podía haberse buscado otro sitio. Ni había ese sitio, ni se discute siquiera la legitimidad del cambio, cuando es grande la diferencia de calidad según el arte arquitectónico. Y cuando se trata, como en el caso del Teocalli, de sitios de iniquidad, no basta el fuego para acabar de aniquilarlos, es menester que se alce en el mismo lugar un monumento que por su carácter noble y su fin sublime contraste con lo que lo precediera.

Esta necesidad de limpia espiritual suelen no entenderla los ciegos, los insensibles conforme al espíritu. Cortés la entendió de inmediato. Se procedió a la demolición; pero cuánta diferencia hay entre esta medida de aseo y las demoliciones que hemos acostumbrado más tarde en la República: derrumbe de tesoros de arte o simples casas buenas, sólo para el objeto pueril de ensanchar una avenida o poner la recta. Como si metros más, metros menos de extensión, pudieran justificar destrucciones o dar honor a edilicias reformas.

Por lo demás, se ha exagerado el furor de las demoliciones, pero se olvida que españoles fueron los monjes que en seguida se pusieron a investigar, con ciencia de eruditos y de arqueólogos, todo cuanto se refería a la civilización caída.

Los trabajos de estos sabios españoles fueron tan eficaces, concienzudos y competentes que a la fecha todavía son el canevá sobre el cual bordan mexicanos y norteamericanos, franceses y alemanes, los arqueólogos todos de nuestra época.

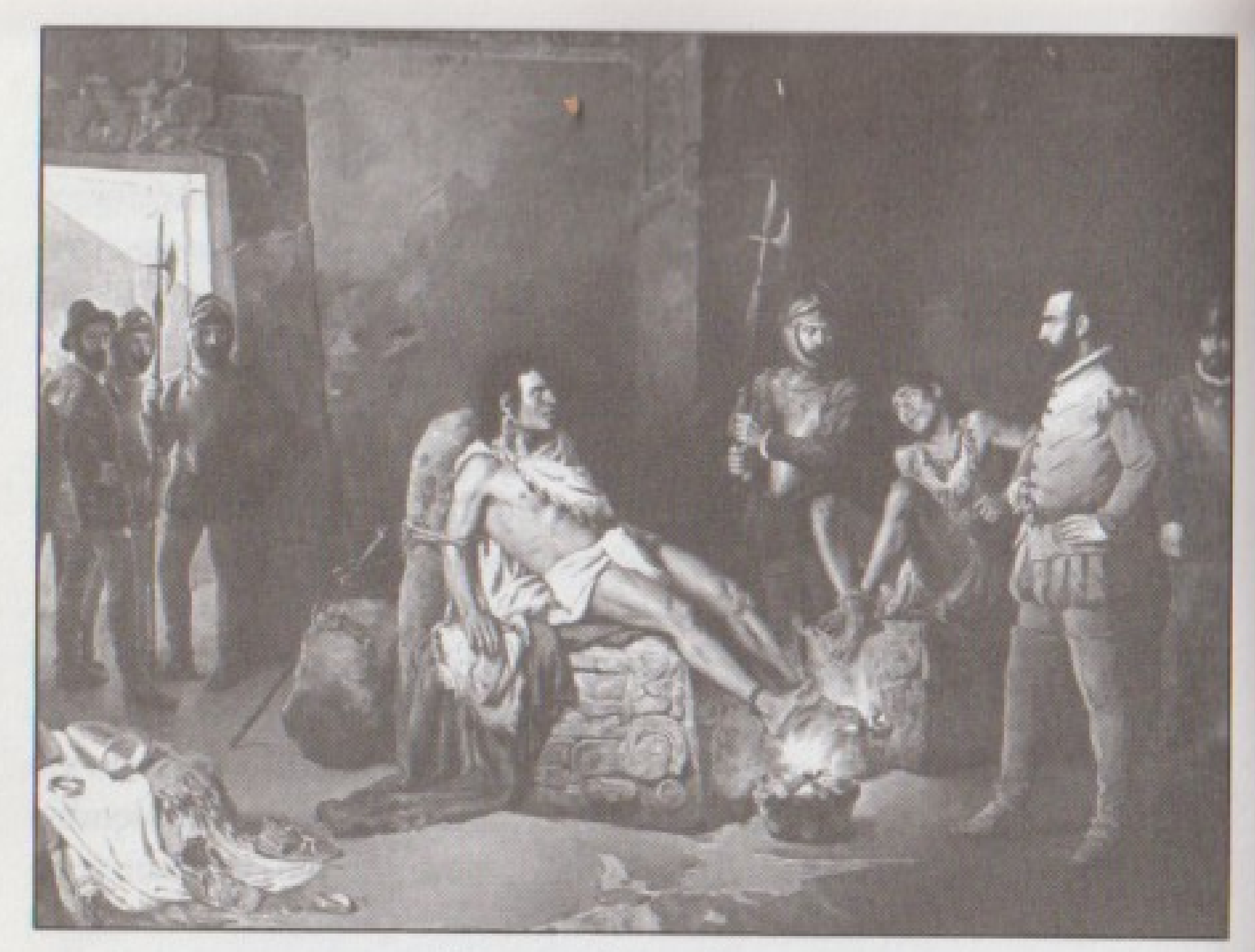
Huyendo de la doble pestilencia de la ciudad en reconstrucción, pestilencia de los pudrideros que eran las lagunas y del demoníaco efluvio de los sacrificios humanos, trasladóse Cortés a Coyoacán, villa que así resultó ser la primera capital de México.

Famoso es el banquete con que hubo de celebrarse el triunfo. Le dio nobleza el vino recién llegado de Castilla; no eran más de ocho las mujeres españolas, feas y viejas en su mayor parte, dice Pereyra, sólo dos hermosas y todas honestas; pero perdieron la española gravedad bailando ridículamente. Disputaban los soldados comentando lo que les tocaría en el botín, y tan avarientos eran, tan negociantes, que no se quejaban de no poseer caudales y rentas vitalicias —a la manera de los conquistadores de la India empleados de la East India Co.— sino de que no habían logrado bastante oro para hacerse de ese metal "monturas para sus caballos".

El latino afán de lucimiento y de belleza era la causa de las rivalidades. Y así, soñando gloria y no lucro, al calor del vino sano de las viejas vides latinoibéricas, durmiéronse sobre las gradas del adoratorio que sirvió de marco al banquete.

El descontento apareció más vivo cuando se hizo el reparto del oro, separándose el quinto del rey, deduciéndose los gastos y el quinto de Cortés; y habiendo quedado muy poco, los más heroicos soldados acordaron ceder lo suyo para los enfermos, lisiados y maltrechos. También porque creyeron de este modo obligar a Cortés de quien sospechaban ocultaba lo mejor del tesoro. Se agravó la querella con la leyenda de que Cuauhtémoc había echado gruesa cantidad de oro a la laguna antes de rendirse. Y esto dio lugar al tormento aplicado al héroe azteca, por los oficiales del rey.

Este proceder bajo ha sido cargado al debe de Hernán Cortés. Quizás pudo éste evitar el tormento; en todo caso no mandó darlo. Y hay que reflexionar en lo que era el tormento de la época, procedimiento de la justicia como el cuarto grado —fourth degree— que dice y aplica la policía contemporánea, y tan cruel por lo menos como la práctica, un poco posterior a Cortés, de Isabel de Inglaterra,



Tormento de Cuauhtémoc

que a su amante Essex lo hizo padecer en la torre de Londres para terminar con él mediante el hacha del verdugo. Y entre nosotros, que se recuerde el caso de Toral y basta. No es excusable ninguno de estos ejemplos, ni dejan de causar deshonra a todo el que participa en ellos. Pero siquiera Cortés, aparte de transigir con el tormento, hacía grandes cosas.

Desde su Coyoacán, organizó la expedición de Oaxaca. Sandoval exploró el sur y fundó Medellín, el actual Tuxtepec. Quedaba incógnito el vasto occidente. No tuvo que esperar Cortés: Caltzontzin, el rey michoacano, le mandó embajada y le protestó acatamiento. Aprovechando esta amistad, Cortés mandó explorar hacia la costa en busca de los pasos del Mar del Sur, hoy Pacífico, que podían conducir a las islas de las especias: sueño de todos los navegantes de la época.

El norte de Veracruz causaba a Cortés, que ambicionaba dominar toda la Tierra Firme, una preocupación. Desde su base de Jamaica,

Francisco de Garay había incursionado por la región de Pánuco. Pronto liquidaría esta amenaza.

Atendiendo primero a lo que tenía cerca, acabó de reconstruir la Ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlan. La fundó según la norma civilizada de elegirle un Ayuntamiento entre los vecinos españoles que quisieron asentarse en ella y recibieron dádiva de solares y casas. Pero obrando también como estadista sabio y no como simple usurpador violento, a los indios que antes ejercían cargos, les devolvió su autoridad para que la ejercieran entre los suyos, reduciéndoles un tanto el dominio material, pero honrándoles y favoreciéndoles para dar a entender que eran porción estimable de la nueva nación que se creaba. A los artesanos indígenas, plateros, carpinteros, albañiles, los restableció en sus talleres, y el mercado volvió a comerciar en artefactos y frutos de la agricultura y la pescadería. Y a España comenzó a pedir lo que en el territorio faltaba en materia de árboles y plantas.

Animador sin desmayos, puso Cortés a trabajar a indios y españoles. Y la envidia que siempre acecha a los grandes, no hallaban otro cargo que hacerle —figuró el cargo en los memoriales que en contra suya enviaron al rey los de Narváez— que el "haber hecho palacios y casas muy fuertes que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacía servir en ella a todas las ciudades de la redonda de México, y que les hacía traer grandes vigas y piedra desde lejanas tierras". Noble arquitectura latina levantó Hernán Cortés que todavía, después de cuatrocientos años, sirve a la República y no de traspatio sino de aposento y gala. "Ni de noche ni de día cesaban las voces por el grande hervor con que edificaban la ciudad los primeros años", dice Motolinía. Jamás por esos territorios que hoy son nuestros se había trabajado tanto y tan bien; quizás nunca se ha vuelto a trabajar de tal modo.

De la necesidad, la urgencia civilizadora de estos trabajos, nació el sistema de las encomiendas. El trabajo forzado subsiste en las encomiendas, pero ellas hacen responsable al español, al poblador, de los hombres que se le entregan. Como una primera reglamentación del trabajo, que aliviaba un poco los rigores de la esclavitud, debe mirarse la encomienda. Ya no estuvo el indio humilde a merced de cualquier español; en el encomendero halló un amo fijo, también a menudo un protector.



La encomienda, consistía en asignar u otorgar a los conquistadores un gran número de indígenas para incorporarlos al cristianismo (Códice Osuna)

La industria nacional

Los mismos que han difundido la inepcia de que era España nación atrasada y que más nos valiera haber sido colonizados por Inglaterra, pregonan y suponen que la industria es privilegio del genio anglosajón y ventaja de la que nunca hemos disfrutado. Lo cierto es que el desarrollo industrial coincide casi siempre con el auge político de un pueblo. Y que otra de las explicaciones de la facilidad de la conquista, es precisamente el abismo que en materia industrial separaba una semicivilización como la indígena, que no había descubierto la rueda ni utilizaba el metal y carecía de combustible, y por otra parte la cultura española, que era por entonces la más avanzada de Europa, por ejemplo en las manufacturas textiles, en la metalurgia, la navegación y la guerra. De suerte que si por azar llegamos a ser conquistados por los ingleses, nos pasamos tres o cuatro siglos sembrando maíz como los pobladores de Nueva Inglaterra, en vez de aclimatar, como lo hicimos en seguida, por ejemplo el trigo, el garbanzo y la naranja.

Ignoran también los apologistas del anglosajonismo que aquellos siglos coloniales que ellos comparan a la noche oscura, hicieron de nuestro país el proveedor de la moneda del mundo. A las casas de acuñación que rápidamente fundaron los españoles, se debe que el peso mexicano de antiguo cuño, por cierto de superior calidad que

Acuñación de monedas

el moderno, sea todavía a la fecha moneda circulante y objeto de atesoramiento en la India y la China. Y al que recorre nuestro te- rritorio asombra todavía encontrar por nuestras viejas ciudades, las ruinas (parece que de todo hemos hecho ruinas), los rastros, por lo menos, de las antiguas ferrerías que nos hicieron por tanto tiempo pueblo que se basta a sí mismo en las más complicadas tareas de la civilización. Se ignora también que metalurgistas mexicanos, es decir, hispano-mexicanos, se repartían por el sur del continente como representantes de la técnica científica que más tarde, en nuestro propio suelo, ha llegado a ser privilegio del extranjero. Ni se recuerda tampoco que en nuestras costas hubo astilleros que dieron navíos para la conquista y colonización de las Filipinas; y también para enfrentarse a la flota inglesa, en compañía de las na- ves fabricadas en la Península.

Pues bien, todo este desarrollo industrial que nos dio la supre- macía en el Continente durante varios siglos, procede de la mente de aquel capitán español que diseñó nuestro futuro desde que miraba el mapa rudimentario de Moctezuma. Desde entonces, seguro ya de la victoria, concibió el plan gigantesco que más tarde fue desen- volviendo poco a poco, y con tenacidad que se iguala a la grandeza de su visión.

En busca de placeres auríferos mandó explorar por Taxco y halló lo que más necesitaba aparte del oro, estaño para fabricar utensilios domésticos y cobre con que fabricó cañones. Para la pólvora usó el salitre del valle y el azufre del Popocatépetl.

El geógrafo



Por el oeste, los capitanes de Cortés rebasaron Michoacán, llegaron a Colima y fundaron en el Pacífico el puerto de Zacatula. Cuando se piensa que la República, todavía a la fecha, no puede hacer llegar un ferrocarril del centro al océano por causa del terreno quebrado y por las serranías, produce pasmo el esfuerzo de los conquistadores, que todo lo recorrieron a pie o a caballo, transportando sus máquinas de guerra y de industria a lomo de indio y amenazados por los naturales y por las plagas. Y en todo donde ponían la planta, dejaban huella que todavía los siglos no acaban de borrar.

Para dominar el norte de Veracruz por lo que hoy es la Huasteca, salió Cortés en persona. Sin duda sintió curiosidad de ver la región por donde Francisco de Garay había fracasado, y también el deseo de apoderarse de una vez de esa zona que Garay seguía codiciando desde Jamaica. Llegó el Conquistador hasta las márgenes del Pánuco, y fundó en ellas a Santiesteban del Puerto. Entretanto, Alvarado expedicionó conquistando la Mixteca y luego el istmo, y Francisco de Orozco fundó Oaxaca.

A su regreso de Pánuco supo Cortés de los grandes pueblos que había por Guatemala. Para sojuzgarlos comisionó a Pedro de Alvarado, que al efecto salió de México con trescientos españoles. En julio de 1524, tras de arduas pruebas, fundó Alvarado a Santiago de los Caballeros de Guatemala.

LOS ESTORBOS



Mientras proseguía la incomparable gesta que engendraba naciones, la Metrópoli, mal informada o inepta, colaboraba oponiendo estorbos. Desde Cuba, Velázquez informaba a España en contra de Cortés. Y logró predisponer en contra de su antiguo protegido nada menos que al obispo Fonseca, presidente a la sazón del Consejo de Indias, o sea la autoridad encargada de la Administración del Nuevo Mundo. Conocedor el obispo del fracaso de Narváez, ya no se fió de los medios militares sino que puso su confianza en el respeto del español a la autoridad civil.

Nombró Fonseca gobernador de Nueva España a Cristóbal de Tapia, y mandólo a tomar posesión del mando sin hacerlo acompañar de un soldado, y amparado únicamente por los pliegos de sus títulos y credenciales. Como en las grandes épocas de cada pueblo, en la España de Carlos Quinto mandaba el letrado y el militar obedecía. El letrado era abogado y oidor o bien obispo, pero en todo caso un funcionario de preparación universitaria; nunca el guerrero, cuya misión se corrompe cuando no es la de salvaguardar a la patria del peligro extranjero.

Ni siquiera por la mente de los conquistadores pasó la idea de apresar a Tapia o desobedecerlo abiertamente. Comenzando por el hermano de Alvarado que mandaba en Veracruz, y acabando con

Cortés, todos se apresuraron a prestar la fórmula de acatamiento, o sea besar las órdenes y ponerlas sobre sus cabezas. Pero, ¿iba a tolerarse que por un error del Consejo, por una intriga de Velázquez, el mando de aquella situación excepcional pasase a quien nada conocía de ella, con peligro de que los indios se rebelasen y con daño evidente para la obra colosal de la reconstrucción?

El gran pueblo democrático y libre que ha sido siempre España, tenía por entonces en uso para tales casos, una práctica que salvaba el decoro real y evitaba las consecuencias de órdenes injustas o equivocadas. A la orden inconveniente del rey oponía el alcalde, o el oidor, la fórmula "Obedézcase pero no se cumpla".

Conforme a esta jurisprudencia sabia, honraron todos al gobernador Tapia, pero nadie le entregó mando. Resignado y aleccionado con el ejemplo de Narváez, que seguía detrás de Cortés sumiso aunque siempre murmurador, Cristóbal de Tapia recibió presentes y terminó aceptando regresar a España con la comisión de informar al emperador de parte de Cortés, de lo que éste hacía y lo que necesitaba para llevar adelante su gran empresa.

Por otro conducto y por si Tapia fallaba, Cortés embarcó a Alonso de Ávila con valiosos presentes destinados al emperador. Cayeron tesoro y emisario en poder de corsarios franceses. Para obtener buen rescate, los franceses exageraron el valor de los tesoros, lo que halagó la vanidad de Carlos Quinto, que siempre andaba pobre aunque ya en sus reinos no se ponía el Sol, y finalmente Alonso de Ávila fue rescatado y atendido. Por cédula de octubre 15 de 1522, el emperador, "queriendo proveer de manera que lo pasado se remedie", nombra gobernador a Hernán Cortés y capitán general de la Nueva España, no sin reconocer en el texto mismo de la cédula real, que la ida de Narváez había sido causa de que Cortés perdiese la Gran Tenochtitlan, y que la división entre los españoles había creado tropiezos a la obra de la conquista. Es discutible, sin embargo, si podría haberse consumado la conquista sin el refuerzo de los hombres y navíos de Narváez, que el genio militar de Cortés ganó para sí.

La posición de Cortés como jefe indiscutido de la Nueva España quedó legalizada, pero los límites de la Nueva España se iban ensanchando conforme la energía de Cortés abarcaba, descubría,



Retrato de Hernán Cortés

colonizaba territorios por el norte, por el sur, por occidente. Los retratos de la época nos lo pintan vigoroso y activo, con menos de cuarenta años, mediana estatura, torso robusto, piernas encorvadas, nariz aguileña, ojos dulces y graves que fácilmente lloraban, sobre todo en la plegaria que hacía con fervor, oyendo misa y confesando sus muchos pecados.

Uno de éstos ha quedado envuelto en las sombras que forman la ausencia de pruebas y la insistente calumnia. La esposa de Cortés, doña Catalina Juárez, vino a reunirse con él, pocos meses después de la toma de la capital azteca. Hastiado sin duda de la carne esclava, Cortés, que ya había casado a doña Marina con un soldado español, recibió con agrado a su mujer y le dedicó festejos. Parece que ésta, sin embargo, no supo guardar la discreción debida; quizás se puso a discutirle la forma en que hizo o debió hacer la conquista. Lo cierto es que una noche Cortés salió de la alcoba nupcial gritando que algo ocurría a su mujer. Las sirvientas que la examinaron la encontraron muerta. En seguida circuló la versión de que Cortés la había estrangulado. En el juicio que más tarde se le formó a Cortés no aparecieron pruebas suficientes para suponer siquiera su culpabilidad. Y no es creíble que un hombre como él, de vida interior intensa y de conciencia religiosa, hubiera dejado sin confesión el delito, caso de haber existido.

NO ERA SU DESTINO LA PAZ

Lejos de disfrutar Cortés de la paz que su recién ganado nombramiento, nuevas empresas y peligros inesperados quitáronle el sueño; aparte de que la caída de un caballo le rompió un brazo, lo tuvo sin dormir cuarenta días y le impidió ir en persona a batir a su rival Francisco de Garay.

En una final intentona de hacerse de un señorío en Tierra Firme, desembarcó Garay con quinientos hombres en el río de las Palmas, provincia de Pánuco que ya Cortés había sojuzgado. Para repetir con Garay lo hecho con Narváez, comisionó Hernán Cortés a Pedro de Alvarado, que tuvo que suspender sus operaciones por el sur. Pero Garay, abandonado de los suyos, acosado por los indios, acabó solicitando el amparo de Cortés. Como de costumbre, Cortés se lo atrajo, pactó con él y casó a una de sus hijas con un hijo de Garay. Volvía a quedar Cortés dueño indisputado de la Tierra Firme.

LAS HIBUERAS



Parece extraño al que nada más mira el mapa, que para la conquista de Honduras no se hubiese pasado directamente por Guatemala. Sin embargo, para quien conoce los riesgos de la manigua y la sierra, el viaje por mar resulta lógico. Y así, de Veracruz partió Cristóbal de Olid el 11 de enero de 1524 con cinco navíos y un bergantín. ¿Qué es lo que buscaba Cortés por Honduras? Él mismo lo dice: "el estrecho que sale a la otra mar".

Al mismo tiempo, de su puerto de Zacatula sobre el Pacífico, hizo construir y salir barcos que recorriesen la costa hasta Chile, para encontrarse quizás con los que pasaron por Honduras. Otro agente de Cortés, Diego de Hurtado, fue mandado a explorar arriba de Pánuco y hasta llegar a la Florida.

Que estos magníficos planes de geógrafo y descubridor no son obra del azar, menos de la simple codicia lo prueba la Carta de Relación del propio Cortés, en la cual explica al rey las partes a donde ha enviado gente, así por "la mar como por la tierra, en busca del secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida". Por todo lo que es hoy Texas y la Lousiana; más allá de la Florida creía poder hallar el paso por el norte a las islas de las especias, o sea el Asía. Asimismo informa de los navíos que tiene hechos en el Mar del Sur, que navegan costa abajo en demanda de estrecho; y habrían de hallarlo, o bien ligarían la tierra mexicana con la que descubrió Magallanes.

Un año más tarde, a su regreso de las Hibueras, tuvo noticia Cortés de la llegada a Tehuantepec de un náufrago español, el clérigo Juan de Areizaga. Una embarcación menor de la armada de Loaisa, que cruzó el estrecho recién descubierto por Magallanes, perdió la ruta y navegó por la costa, siempre al norte, en busca de las tierras de Hernán Cortés. El hambre atormentaba a todos. Al llegar frente a Tehuantepec, Areizaga se echó al agua en una caja a falta de batel. Lo arrastraron las olas a la costa, se volcó la caja y Areizaga tuvo la fortuna de que unos indios de la costa le rescatasen a nado. Conducido a la presencia del cacique, éste lo recibió con dos palabras en español: Santa María, y le enseñó la cruz.

Supo en seguida que nueve años antes había sido colocada allí por expedicionarios de Cortés. Encaminóse Areizaga a México, dando prueba con su relato de que el paso al otro Océano existía, sólo que al extremo del Continente.

Cortés, por su parte, mandó los tres navíos que construyó en el Mar del Sur, a las islas Molucas —hoy colonia holandesa—, gastando en ello sesenta mil ducados, y eran "los más bien aderezados que jamás se vieron, así de bastimentos y artillería, armas e munición, como de gente de mar y tierra, y oficiales de carpintería y herreros, y ballesteros, e fraguas, e hierro e acero, y albañiles o canteros para hacer fortalezas, y botica, y medicinas y boticarios, y mucho rescate, chinchorros y aparejos de pesquería, y otras cosas que se pudo alcanzar de que podían tener necesidad, y de capitán suficiente y bien informado de lo que debía de hacer, así por la instrucción de Su Majestad como por la que el marqués le dio, y de lenguas latinas y arábigas, y de las de Calicut..."

Eso de las lenguas de Calicut suena curiosísimo; es probable que Cortés recordase los pormenores del viaje de Vasco de Gama, y no sería difícil que ya por entonces en la Península Ibérica, existiesen precursores de Max Muller en la investigación del idioma y las costumbres del Indostán.

LA CONQUISTA ESPIRITUAL

Lo que no intentan siquiera los conquistadores vulgares, agentes de compañías de comercio como Clive, o simples avaros de poderío y riquezas: la elevación del vencido por la adopción de los valores espirituales del vencedor era la preocupación fundamental de Hernán Cortés.

Porque todo era grande en la España de entonces, lo mismo el hombre de guerra que el santo, tuvo Cortés la fortuna de lograr que a su obra se asociase un grupo de misioneros que no tienen quien les aventaje en la historia del proselitismo religioso. Sus retratos pueden verse aún en uno de los frescos semideteriorados del magnífico exconvento de Huejotzingo, inmediato a Cholula en Puebla. Sus nombres hállanse ligados con la creación de instituciones y ciudades que todavía son orgullo nacional.

Jefe de los primeros doce franciscanos fue fray Martín de Valencia, fundador de nuestra Universidad y autor de un excelente compendio de metafísica. Le seguían los frailes Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Juan Juárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Palos, Juan de Ribas, Francisco Jiménez y Andrés de Córdoba. No eran los primeros religiosos que hicieron obra en México, pero sí

cada uno de ellos fue ejemplo de virtudes y de celo cristiano. Antes, Bartolomé de Olmedo, el capellán de Cortés, había evangelizado con la palabra y se había ganado el aprecio de los indios fundándose un hospital en la ciudad conquistada. Otro de los grandes que ha habido en México, fray Pedro de Gante, arquitecto famoso, trazó los planos de la actual ciudad de Puebla; proyectó sus edificios y a la vez dio a los indios cantares religiosos artísticos para sus rezos y fiestas, y ropas de colores que les mejoran su tipo y son la base del estilo de los trajes regionales que todavía subsisten.

El recibimiento de los doce franciscanos fue de una solemnidad impresionante, y su relato es una de las mejores páginas de la historia de la conquista. Cuando se acercaron a la ciudad, Cortés, que los esperaba en la calzada, se apeó de su caballo, se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le besó las manos. Hicieron lo propio los más de los capitanes, con sorpresa de Cuauhtémoc y los señores aztecas que figuraban en el séquito, pues no entendían cómo el poder militar de Cortés abajábase en honor de frailes descalzos y flacos, de hábitos rotos y tez amarilla. El ejemplo de Cortés, dice Bernal Díaz, sirvió para que todos los indios tuvieran en gran reverencia a los religiosos. Y añade: "Cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía gran acato".

Coincidieron por esta vez en el acierto, el rey al elegir sujetos de virtud y capacidad excelsa, y Cortés cuando pidió al monarca que le enviase obispos y personas celosas de la conversión de los indios, que hiciesen casas y monasterios por las provincias. De la obra de los misioneros quedan todavía los rastros en centenares de templos, capillas, claustros y misiones, repartidos de Texas a Guatemala y de Chiapas a la California alta. Los cultivos, los ganados, las artesanías, el arte y el idioma, la civilización toda de las comarcas que fueron México, arranca de la labor misionera que sólo de paso anotamos, y por lo que en ella tuvo Cortés como indicador, que previó la necesidad de que una doctrina espiritual superior se adelantase a la conquista armada, evitando si era posible la violencia; obteniendo frutos de esa violencia, aplicada cuando se hacía inevitable.

Al gran primer Obispo de México, Fray Juan de Zumárraga, tocó encabezar el clero que en las ciudades daría sentido y base espiritual a la acción organizadora de Hernán Cortés.



Fray Juan de Zumárraga

Viaje a las Hibueras

Reconocen todos los historiadores que la incursión a Honduras fue uno de los peores yerros de toda la carrera de Hernán Cortés. El pretexto de la expedición fue el castigo de Cristóbal de Olid, que después de entenderse con el eterno enemigo Velázquez, se había rebelado contra la autoridad de Cortés. La ira movió al gran capitán, pero también debe haberle impulsado su ambición insaciable de horizonte y panoramas que absorber por la mirada. Poeta de la acción era Cortés, con toda la pasión de esos exploradores geógrafos que como Vasco de Gama o Magallanes arriesgaban la vida para ver cómo era el mundo y para demostrar, de paso, la redondez de la tierra, o para añadir al mapamundi un río, una comarca, una montaña. ¿Cómo iba a privarse él mismo de ver, por todos sus extremos, el territorio desconocido que sin embargo conceptuaba suyo?

Consumó la expedición internándose por donde los mismos guías indígenas no querían seguirle; por sitios de la costa que nadie atravesara antes, y como es natural se fue mermando el pomposo séquito con que salió de México, compuesto de capitanes españoles, señores aztecas como Cuauhtémoc y el señor de Tacuba, más cinco mil guerreros mexicanos y trescientos soldados españoles; además, frailes que predicaban por el camino, intérpretes que encabezaba

doña Marina y cocineros y servidores, camareros, cirujanos, médicos y veterinarios.

Basta observar en el mapa el territorio que atravesó, cruzando selvas que siguen a la fecha impenetrables; salvando los ríos de Tabasco por donde todavía a la fecha no hay puentes, internándose por los territorios de las ruinas mayas, que apenas si el avión ha explorado en nuestros días, para comprender cuánta razón tiene Pereyra al decir: "que ninguna de las grandes empresas de penetración continental presentó el número de los obstáculos vencidos por Cortés. Ni Alejo García en su fabulosa peregrinación al Cerro de la Plata, ni Almagro en Chile, ni Jiménez de Quesada en la Cundinamarca, ni Pizarro en su avance por la costa miasmática;.ni Hernando de Soto en su épico itinerario de la Florida, ni Federman en el Meta, ni los descubridores del Orinoco y el Amazonas lucharon como Cortés".

"Se hundió en la selva, añade Pereyra, y de ella salió un año después, físicamente agotado y políticamente desposeído de la autoridad que hasta entonces no hacía sino aumentar". El año de la expedición fue terrible; perdíanse a menudo en la selva, empleando días en hallar salida; para cruzar los grandes ríos improvisaban puentes o canoas. Para atravesar el Usumacinta se trabajó tanto que a menudo "ningún seso de hombre bastaba para el remedio". Los indios mantenían su disciplina salvo un incidente: que al entrar en Ixtapan uno de los aztecas volvió a lo suyo, cedió al llamado ancestral —"the call of the wild"—, mató a uno de los del pueblo y se lo comió. Hecha la averiguación, Cortés mandó quemarlo.

Otro episodio mucho más grave fue la conspiración supuesta o cierta de algunos mexicanos amigos de Cuauhtémoc. Súpose de una conversación en que éste afirmó que dada la gran mayoría de los indios en la columna de Cortés, sería fácil apoderarse del capitán español y matarlo con todos los suyos, para regresar en seguida a México y levantar a los indios contra el resto de los españoles. Es posible, según declaró Cuauhtémoc en su proceso, que todo se redujese a las quejas suyas y de sus amigos acerca de las penalidades que todos pasaban, en una empresa incomprensible para mentalidades incultas, y los mismos españoles condenaron el rigor de Cortés que hizo ahorcar a Cuauhtémoc y a otro conspirador, perdonando a otros varios; pero júzguese con criterio militar la si-

tuación de la columna que Cortés mandaba y se comprenderá que no le quedaba otro camino a quien tenía la responsabilidad de la vida de todos sus soldados. En la guerra no hay como el miedo para producir crueldades, y esto mismo hace que sea tan difícil hacer de la guerra una profesión noble según imagino la vieja doctrina de la caballería medioeval. En realidad, la guerra es de por sí una práctica de ruindad y barbarie, y pocos han sabido darle como Hernán Cortés aquella elevación que nunca se manchó con el asesinato de los prisioneros, ni jamás condenó sin las formalidades del juicio. Pereyra dice con razón: "Díaz del Castillo confunde la justicia con la necesidad (al culpar a Cortés); la amenaza del plan era inminente. O cortaba la cabeza de la rebelión o entregaba la suya con la de sus compañeros".



Batalla de Quetzaltenaco

Después de peripecias increíbles, llegó Cortés a Honduras; halló que Olid había muerto a manos de españoles que al principio hizo prisioneros: Francisco las Casas y Gil González Dávila, que procedentes del Darién se le habían adelantado en Honduras. Se sometieron éstos de buen grado a la autoridad de Cortés, pero el lugar era infernal. Los mosquitos no dejaban dormir. Sin embargo, Cortés no pensaba en regresar; pretendía seguir a Nicaragua.

Un navío procedente de México le vino a aumentar las preocupaciones. En la capital le creían muerto y sus lugartenientes lo traicionaban a la vez que oprimían a la población. Se dejó convencer finalmente, y por mar regresó a Veracruz. En México se le acordó la recepción triunfante mayor de su vida, pues todos habían padecido bajo la tiranía de Salazar y Chirinos.

Pero el sinnúmero de quejas que en su ausencia se habían remitido a España, hizo su efecto. Poco después del regreso de Cortés llegó a Veracruz el licenciado Luis Ponce de León con nombramiento de gobernador y órdenes para someter a Cortés a juicio de residencia. Se somete Cortés a todo, resiste la tentación de emplear la fuerza; confía en que ha de serle favorable el juicio de residencia, pero en eso muere de fiebre el licenciado Ponce de León. Un nuevo cargo surge contra Cortés: haber envenenado a su juez.

Cansado de falsedades, calumnias e intrigas, decide Cortés presentarse ante el rey, y emprende el viaje a la Península. Le acompaña un séquito digno de cónsul romano victorioso. Un hijo de Xicoténcatl con una comitiva de jóvenes tlaxcaltecas; algunos caciques mexicanos y jugadores indígenas de pelota y palos, aves raras, oro y piedras semipreciosas estimadas más bien por su rareza. Su situación en España iba a ser complicada; el público había de recibirlo con curiosidad, con ardor de admiración; pero tenía enemigos poderosos. Le entristecía la muerte de su padre Martín Cortés, que tanto le sirvió ante la Corte y por quien tanto había hecho Cortés. Al llegar a España murió Sandoval, su preferido. En su primer hospedaje en la Península, en el convento de la Rábida, famoso por la odisea de Colón, visita al conquistador de México su pariente Pizarro, futuro conquistador del Perú, que le trata de maestro.

De la Rábida pasa Cortés al convento de Guadalupe en Extremadura, donde visita a la Virgen de su región de quien había de

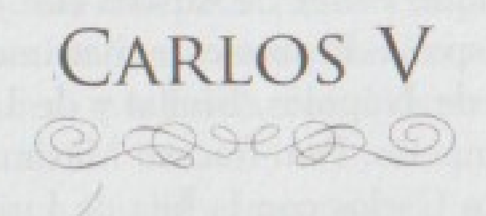
derivar el nombre de la Virgen Patrona de México. En Guadalupe —según la leyenda— conoce a doña María de Mendoza, ilustre dama a quien hace la corte, la colma de obsequios, pero más tarde se casa con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar, defensor de Hernán Cortés ante la Corte.

En Toledo lo aclama el pueblo; salen a recibirlo comisiones de nobles; atraviesa la ciudad en triunfo luciendo sus preseas de guerra, pero los prisioneros no van encadenados, afrentados a la romana; pronto se sumaron a la nobleza española. El emperador recibe a Cortés, lo sienta a su lado, le da conversación. Pero concluye la ceremonia del recibimiento y comienza el papeleo. Dos años perdió Hernán Cortés para lograr que lo hicieran marqués del Valle de Oaxaca, lo que no era un simple honor, pues llevaba aparejado el dominio sobre extensiones que van de Cuernavaca a Oaxaca, y consigue también que se le vuelva a nombrar capitán general; más únicamente para el efecto de que lleve adelante sus expediciones de exploración y conquista, no para que gobierne. El gobierno siguió encomendado a la Audiencia.

Se ha juzgado que fue ingratitud no hacerle de nuevo gobernador. Fue al contrario gratísima medida para el país, puesto desde el principio bajo un gobierno civil; fue ingratitud, tal vez, no indemnizar a Cortés de lo que gastara en expediciones que en último término favorecían a la Corona. Pero ya se sabe que Carlos V, entregado a la defensa de altos ideales europeos, todo lo gastaba en sus empresas nobles y carecía de poderes despóticos para tomar dinero donde lo hubiera. Esta barbarie de tomar el dinero donde lo hay se conoció entre nosotros, pero siglos después de Cortés.

Quizás la mayor satisfacción que se dio en Europa, fue la de enviarle embajador al Papa; quizás para darle cuenta de la labor de proselitismo realizado, y para llevar a S.S. presentes del Nuevo Mundo y el espectáculo de los primeros indios que veía, diestros jugadores de palos con los pies. Mandó hacer Clemente VII solemne acción de gracias por los territorios ganados a la fe católica, legitimó a los hijos naturales de Cortés y le concedió el Patronato Perpetuo del Hospital de la Purísima Concepción.

CARLOS V



La institución medioeval del Sacro Imperio Romano equivale, pero con ventaja, a la quimera moderna de un gobierno supernacional a cargo de la Liga de las Naciones de Ginebra. El Sacro Imperio Romano, fundado por Carlomagno a imitación del viejo Imperio Romano, constituyó la más sana tentativa que se ha realizado para lograr la unidad europea por encima de las luchas nacionales y raciales.

Pero el Sacro Imperio Romano era fundamentalmente católico. Por eso lo han desprestigiado aquellos mismos escritores que también a la obra de Cortés y de España le han calumniado y odiado.

A la muerte de Carlomagno el Imperio se reparte o pasa de los franceses a los germanos; se debilita todavía más por las luchas que sostiene con el Papado, que, durante siglos, se niega a prescindir de sus ambiciones temporales. Durante cuatrocientos años el desastre se prolonga y políticamente Europa es un caos. Al final de la Edad Media, el Sacro Imperio Romano se rehace un tanto, gracias a que interviene el principio electivo combinado con el hereditario, para la designación del emperador. Los dominios del Sacro Imperio comprendían a fines del siglo XV todos los países de lengua germana, un trozo de Francia y parte de Milán. Alemania misma estaba dividida en principados y ciudades libres que, sin embargo, tributaban en favor

del mismo emperador. Maximiliano I asciende al trono de los emperadores, se empeña en revivir el antiguo imperio romano universal y convertir su cargo en hereditario para su familia. Por medio de guerras y enlaces, ensancha los dominios del Sacro Imperio Romano.

Uno de estos matrimonios afortunados fue el que concertó entre su hijo el archiduque Felipe de Austria con Juana, la hija de Fernando e Isabel de España. Pronto este matrimonio sumó a España con sus posesiones de Nápoles, Sicilia y de Ultramar, a la órbita del Sacro Romano Imperio. Pero fracasó Maximiliano en su propósito de casar a su nieto Carlos con la hija de Luis XII de Francia, de lo que resultó que Francia no sólo quedaba fuera del Imperio, sino metida como cuña molesta entre las dos grandes porciones: la germana del centro europeo, la española que llegó a abarcar toda la Península. Fuera quedó también Inglaterra, y así es como vemos que, por el año de 1519 y mientras Cortés conquistaba a México, tres soberanos jóvenes se disputaban el mando en Europa: Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia, y al frente del Imperio, Carlos de Austria, nieto de Maximiliano, nieto también de los Reyes Católicos, y en cuya persona se unieron políticamente los reinos alemanes, los Países Bajos, el norte de Italia y Sicilia, más España con sus tierras incógnitas.

La lucha de estos tres personajes hace la historia de Europa durante una generación; pero hay un suceso que domina el factor político y transforma la sociedad europea, rompe aquel sueño de unidad que estuvo a punto de consumarse en la Edad Media; peor aún, rompe la unidad cultural y religiosa que durante siglos el catolicismo logró mantener en beneficio común. Ese suceso es la Reforma.

De los tres monarcas que se repartían Europa, fue Carlos V de España el único que se dio cuenta de los males que traía la Reforma; el único que procuró evitarla, y ya que no pudo hacerlo, dedicó todo su esfuerzo a combatirla. Por su parte, Enrique VIII nunca se hubiera apartado de la ortodoxia, nunca hubiera tomado en cuenta la religión alemana de un Lutero si no fuese por su disputa con Roma a causa del asesinato de sus mujeres ilegítimas y sus divorcios sucesivos. Era más fácil legalizar todos aquellos abusos dentro de la doctrina elástica del libre examen y la justificación por la fe.

La severidad del dogma nunca le hubiera absuelto sin obligarlo a rectificar. Le empujaron, además, todos aquellos influyentes que codiciaron y obtuvieron los bienes de la Iglesia católica inglesa.

En cuanto a Francisco I, dedicado a las aventuras amorosas, desleal en sus tratos, prisionero agradecido a Carlos V, después su enemigo desleal, no cabe tampoco paralelo alguno. Eran un par de rufianes los monarcas de Inglaterra y de Francia, y Carlos V uno de los más concienzudos, más benévolos, más virtuosos príncipes que ha conocido la historia.

Derrotó a Francisco I, pudo desmembrar a Francia, con lo que España se habría salvado, pero su natural generoso, su vivo sentimiento cristiano, lleváronle a perdonar una y más traiciones y a desperdiciar el momento en que después de Pavía era fácil desintegrar la monarquía francesa. En Carlos V encarnaba el honor castellano que no permite abusar de la victoria; principio que fue también norma de Hernán Cortés. Durante su largo reinado, una de sus principales preocupaciones fue la alianza de Francisco I con el Sultán, que le impedía consumar su sueño de librar para siempre a Europa de la amenaza del turco. A Francisco I no le importaba Europa, ni la cristiandad. Y de Enrique VIII no es necesario hablar; los mismos historiadores de su país le han presentado como poco menos que un monstruo cuya insularidad le salvaba del castigo. Su papel fue secundario en Europa.

Carlos V era emperador. Sin embargo, siempre se vio apurado de dinero para sus empresas. No era un tirano como lo fue Napoleón. En las provincias de su Imperio había Dietas que libremente votaban o negaban los fondos, imponían o dejaban de imponer impuestos. Desde la Edad Media, pero sobre todo en el Renacimiento, los pueblos de Europa vivían protegidos por fueros que ningún monarca osaba violar. Lutero y Calvino no hubieran podido actuar si no fuese por la libertad que prevalecía en el Viejo Continente. Perversamente se ha hecho creer que Lutero representaba la libertad y el Imperio la tiranía. En los estados que más tarde dominaron los luteranos nunca hubo tolerancia de cultos; se persiguió tenazmente a los disidentes, lo mismo en Alemania que en Inglaterra, y no se diga de los calvinistas que erigieron cadalsos para sus opositores, de suerte que cuando vino la contrarreforma, la inquisición no hizo



Carlos V

sino aplicar métodos que ya habían puesto en vigor los supuestos defensores de la libertad religiosa.

De su parte, Carlos V, en el Concilio de Trento y en todas las formas, procuró la reconciliación del luteranismo con el Papado. Y sólo cuando se convenció de la obcecación y soberbia de Lutero, se le opuso francamente declarando con acierto: "Un solo fraile, fiándose de su solo juicio, se ha opuesto a la fe que los cristianos profesan hace más de mil años. Estoy resuelto a defender esta causa sagrada con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida, mi alma". Pero todavía, después de tal afirmación, Carlos V pudo apoderarse de Lutero y castigarlo. En vez de eso lo dejó escapar. Refugiado Lutero en Warburg bajo la protección de un príncipe alemán sigue su curso la Reforma, y Carlos V, lejos de ensangrentar a la cristiandad, sigue atrayéndose voluntades para la lucha decisiva contra el poderío musulmán. Al efecto, viaja de un extremo a otro de Europa. Vence al turco y lo mantiene a raya, pero en su empeño de restaurar la unidad europea, fracasa. La gota lo atormenta. Desengañado, por fin, abdica en favor de Felipe II y se retira al Monasterio de Yuste "para arreglar sus cuentas con Dios".

Tal era a grandes rasgos el hombre que honró a Cortés pero no le devolvió el mando civil, porque era una de sus preocupaciones evitar la tiranía, proteger a sus súbditos contra los desmanes de la autoridad militar, y entre sus súbditos preferidos, por débiles, contaba a los indios de América.

A Carlos V debemos varios siglos de gobierno por audiencias, gobierno de ley y sabias leyes de Indías; el precedente de virreyes de la capacidad genial de Antonio de Mendoza. Fue quizás injusto con Hernán Cortés, pero supo defender a las poblaciones vencidas del apetito de los vencedores.

LA VUELTA

Regresó Cortés a la Nueva España con el cargo de capitán general, pero sin el mando civil, que siguió encomendado a la Audiencia. Procedió Carlos V al obrar de esta suerte con la misma sabiduría que más tarde ha puesto en uso el Imperio Británico, que a sus generales victoriosos los colma de riquezas y honores, pero no les confiere el mando ni de los territorios que añaden al Imperio. Volvió Cortés para atender a sus bienes, a sus encomiendas, convertido en marqués del Valle de Oaxaca y acompañado de la marqueza su mujer, linajuda y rica.

Los españoles antiguos y los indios lo reciben con grandes muestras de aprecio, pero los oidores le hostilizan y los ambiciosos lo excitan a defenderse. Pronto anduvo su nombre envuelto en las sombras de la conspiración. En realidad Cortés nunca pensó rebelarse. Su ambición no era pequeña, como para conformarse con la posición del reyezuelo rebelde de un país en formación, que sin el apoyo de la Península hubiera consumado una regresión al canibalismo azteca. Hernán Cortés, que soñó un México grande, no es el hombre indicado para destruir su propia obra apenas comenzada; prefirió sufrir y soportar, retirado en ese mismo Palacio de Cuernavaca donde siglos después la envidia pagaría por ver al héroe insultado sobre los muros que él mismo hiciera levantar.

Las inepcias que se han escrito sobre la posibilidad de que Cortés hubiera resultado precursor de nuestra Independencia, carecen de sentido.

Pudo hacer vida tranquila y dichosa en Cuernavaca, pero el genio es incompatible con el descanso. No le bastaba con haber creado la Nueva España; soñaba con hallar el paso corto para el Asia. El rey mismo le había dado el encargo de fletar navíos para la exploración del Pacífico. Encargos, pero no elementos. Como de costumbre, Cortés improvisaría esos elementos, no sin gastar en ello, también como de costumbre, todo su haber.



Palacio de Cortés en Cuernavaca

Suelen considerar los biógrafos esta segunda etapa de Cortés en México como el periodo de su decadencia. Aunque menos brillante, este segundo periodo es quizás más admirable. En él ya no hay matanzas, victorias aparatosas ni golpes de fortuna. Sólo la lucha implacable de un gran hombre contra mezquindades y envidias. En medio de esta lucha crece el mapa de Nueva España, y aparece por el norte la California.

Cortés, que por temperamento era estadista, sabía muy bien, y así lo prueban sus cartas de relación, no sólo sus hechos, que la empresa que iniciaba era de tal magnitud que requería el concurso de España entera, con sus colonos y sus monjas y la autoridad del Monarca que representaba a su pueblo. Sabía Cortés que no sólo él y su generación, otras muchas generaciones castellanas, tendrían que emplearse en el continente para llenar su vacío territorial y para limpiar de sombras el espíritu nativo.

Un Cortés rebelde —si en eso puede pensarse cuerdamente— supondría un descenso de lo que ya era Cortés, un grande de España, un héroe mundial, para bajar a la categoría de sucesor de Moctezuma, o como quien dice, jefe de oscura tribu americana; una suerte de cacique tlaxcalteca bebiendo pulque, rodeado de bárbaros que lentamente lo hubieran arrastrado a su propia antropofagia. No; cuando se pertenece a una raza de primera, lo obvio es permanecerle leal, y no se cambian ciertas ciudadanías, la española de entonces y la inglesa de los últimos tiempos, ni por la Corona de naciones bárbaras. En los tiempos actuales se han visto casos de ingleses que logran coronarse casi reyes de islas pequeñas en las que son amos absolutos. Ni a uno solo de ellos se le ha ocurrido independizarse de Inglaterra. No se les ocurre porque sería estúpido quedarse desligados de una cultura que da poderío y da honra. Tampoco se les ocurrió a los grandes jefes españoles, un Cortés, un Hurtado de Mendoza, primero, porque rendían culto al honor que es un principio superior a todas las patrias juntas; segundo, porque no eran idiotas.

Altivez no le faltaba, y ese género de altivez que procede de conocer la importancia de la obra propia, el valor de los servicios prestados. Y así, cuando Carlos V le anunciaba haberlo hecho marqués en pago de los servicios que ha prestado, Cortés le responde

que sus servicios no se compensan con dádivas ni honores, porque a todo lo que el Rey pueda dar superan sus conquistas y todo lo ganó en América con el propio esfuerzo; pero añade que está satisfecho de haber trabajado para el engrandecimiento de la Corona Española. Se refiere a la Corona, que es símbolo de su patria, y no a la persona del rey, a su dinastía. Obraba pues con plena conciencia de su misión y conocimiento de lo que su nombre llegaría a representar en la historia. Con varios siglos de anticipación hizo de su persona lo que más tarde han llamado los ingleses un Empire Builder, un constructor del Imperio, y alcanzar esta meta histórica es algo más, mucho más, que andar fraccionando el Imperio para crear naciones y nacioncitas.

La mayor y final aventura

Pocos han señalado con tanto acierto como Pereyra lo que hay de fecundidad constructiva en la obra del Conquistador de México. Y así nos lo pinta llevando adelante grandes empresas navales, al mismo tiempo que durante los cortos meses de su retiro en Cuernavaca, estudia el cultivo de las plantas que está introduciendo al Nuevo Mundo y establece en la costa de Veracruz el primer trapiche a semejanza de los que había visto en Cuba; funda el cultivo de la caña de azúcar en Cuernavaca y Cuautla y establece la sericultura en Tetecala. En sus fincas cría caballos, vacas y ovejas. Fomenta el algodón en la costa y es el primero que emprende la producción en grande de la plata, mandando practicar exploraciones por Sultepec, Taxco y Zacatecas.

Su marquesado o su patronato le da el dominio, es decir, jurisdicción legal, sobre cerca de veinte mil indios no precisamente esclavos, sino pobladores de la extensión que abarca su marquesado. Esto quiere decir únicamente que el tributo se lo pagaban a él en vez de pagarlo a la Audiencia. Y los indios preferían depender de Cortés, y siempre tomaron su partido en las disputas de Capitán general y Audiencia o Virrey. Casos hubo en que viéndose Cortés apurado de fondos, le hicieron dádiva los indios de alimentos para él y los de su séquito.



Trapiche azucarero

Conviene reflexionar en esta subterránea y espontánea alianza de los indios con el Cortés caído, para darse cuenta de lo equivocados que andan los que niegan la gloria de Cortés a título de que fue el opresor, el enemigo de los indios. En contra de esos defensores irresponsables de la soberanía, la libertad de los indios, está el testimonio de los indios, que en el marquesado de Cortés hallaban ventajas mayores que las que antes les dieran sus caciques, posición menos mala que bajo la férula de otros encomenderos o funcionarios reales.

En la Nueva España había ahora Virrey, ¡y qué Virrey! —Antonio de Mendoza—, un hombre tan grande como Cortés, y ambos luchaban no por causa de rivalidades personales, sino por el celo con que cada uno defendía sus atribuciones. A Cortés, su concesión, su patronato, le asignaba las tierras de su marquesado, pero las tierras que se estaban descubriendo, las que Cortés descubría ¿a quién deberían corresponder? Es indudable que en esta cuestión la justicia estaba de parte de Mendoza, que trabajaba por el Estado Español, y que también por su parte realizó labor eminente como

explorador del Norte y el Oeste de Nueva España. Por fortuna había espacio en cantidad y voluntades de hierro para conquistarlo.

Usando el producto entero de sus dominios en las nuevas empresas, Cortés logra botar al agua en Acapulco, en 1532, las naos San Miguel y San Marcos; tres años más tarde fabrica en astilleros de Tehuantepec las embarcaciones Santa Agueda, San Lázaro y Santo Tomás, naves que concentra en Chiametla, para donde sale el conquistador en persona con acompañamiento de trescientos españoles, treinta mujeres y 120 caballos. Embarca todo y sigue la costa rocosa y cálida, desprovista totalmente de elementos de vida y solitaria con soledad de infinito, soledad que agobia los caracteres más bien templados. "Muchas veces, dice Cortés en su relación, estuve a punto de ahogarme; todos pensamos ser ahogados". Sin embargo, deja establecida en la costa de la Baja California una colonia de 30 españoles con doce caballos, ovejas, puercos, gallinas, maíz y tocino.

Las quejas de los deudos de los que morían en estas empresas inauditas; el desaliento con que regresaban sin haber hallado riquezas, produjeron escándalo contra Cortés, y el virrey mandó suspender su empresa. Tres años duraron las exploraciones por la costa del Pacífico en territorio de Colima, Tepic y Sinaloa. En apariencia, ningún fruto se había obtenido y sí resultaban pérdidas considerables de vidas y caudales. Pero los que censuraban a Cortés no veían lo que el genio de éste seguramente advertía por la subconsciencia: a saber, que se abrían nuevos espacios a la Fe, que era la patria de su alma, nuevos imperios para la acción de Castilla, que era el Imperio de su corazón.

Dice con acierto Pereyra: "Trabajaba para la geografía después de haberlo hecho para la epopeya, y la historia recoge el mapa levantado por Domingo del Castillo como el testamento de una actividad heroica". Este mapa es el más antiguo que se conoce respecto de las costas occidentales de México. Se encontró en el archivo del marquesado y reunió aparte de otros datos, los que arrojaban las exploraciones de los pilotos de Cortés. Constituye por lo mismo un documento de altísimo valor para la biografía del fundador de México. Es el testimonio de sus esfuerzos en la obra de integración del territorio de la Nueva España.

Cuando volvía de California llegó el llamamiento que hacía Pizarro, sitiado en Lima, y Cortés envió sin tardanza dos navíos mandados por Hernando de Grijalva, el cual llevaba sesenta hombres, cotas de malla, ballestas, herrajes, diez y siete caballos y hasta obsequios, como vestidos de seda, ropa de martas, sitiales y almohadas de terciopelo. Cuernavaca, la palacial residencia campestre de Cortés, puso sus cuadras, su armería, su almacén y su guardarropa al servicio del primo trujillano, conquistador del Perú y futuro marqués.

En 1538 Cortés enviaba la última de sus armadas bajo el mando de Francisco de Ulloa, que escribió su nombre y el de su amo en el paralelo 32 de latitud norte.

ESTORBA EL GENIO



El genio estorba a los de su generación. La misma pompa con que los contemporáneos suelen enterrar a sus prohombres, indica el alivio que sienten los mediocres cuando desaparecen los que sin querer y por sólo existir, establecen niveles difíciles de alcanzar.

El Cortés de la etapa brillante, el que llegó a la Península con séquito de rey y la dádiva de un reino, había sido olvidado. El Cortés de la segunda etapa, la etapa de la consolidación de la conquista y la prolongación de las exploraciones, era menos pintoresco, no tenía ya caudales para hacer obsequios; al contrario, se hallaba escaso porque sus exploraciones, que le legaban nombre glorioso para la posteridad, le habían dejado punto menos que arruinado. Así es que cuando llegó el Conquistador a España en 1540, su posición fue la del que tiene que recurrir al favor de la Corte y esperar de ella su destino. Larga y triste espera que duró para Cortés varios años inútiles. Y no es que se le desconociese del todo. Cuando se presentaba en el Consejo de Indias se le sentaba cerca de los magistrados, se le demostraba deferencia. Pero el emperador, dedicado a lo suyo, se hallaba en Flandes o en Alemania. Para unirse a su séquito o bien porque la empresa despertase su viejo fervor de soldado de la cristiandad, Cortés logró sumarse a la expedición contra el eunuco Azan Aga, en Argel.

Al mando del propio emperador, se hizo al mar una flota que llevaba sesenta y cuatro galeras además de otros navíos y seis mil soldados españoles, seis mil alemanes, cinco mil italianos. Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba; don Gonzalo Hernández de Córdoba, príncipes, marqueses de la alta nobleza guerrera de Europa, encabezaban a los combatientes. Don Hernando, marqués del Valle de Oaxaca, por su título si no por sus hazañas, podía alternar con cualquiera. Lo lógico es que, siquiera por tratarse de una guerra colonial, se le hubiera tomado parecer, si no se le daba el mando. No se hizo así y ni a la hora del fracaso. No es posible por lo mismo empañar la carrera militar de Cortés con este descalabro. Al contrario, consta por el relato de Prudencio de Sandoval, historiador de Carlos V, que la operación fracasó por mal dirigida, y que en vano se buscó el remedio a causa de que: "Unos temían que se revolviese sobre Argel, pues que la victoria era tan cierta desembarcando agora con cuidado lo que convenía, porque a falta de no lo haber hecho se perdiera el primer acometimiento, y esto, parte porque no se acertó el surgidero y porque se tuvo gran descuido no temiendo tempestad, cual vino, en echar luego a tierra caballos, municiones y comida. Lo cual, hecho agora, prometíase a los que eran deste parecer una certísima victoria, que por conseguir había S. M. y el ejército pasado por tantos trabajos, peligros y gastos, y aún parecía cosa vergonzosa retirarse sin hacer más daño al enemigo. Pero estaba el emperador tan lastimado al ver el estrago que por su armada había pasado, que ni negaba lo uno ni resolvía en lo otro. Quisiera recoger las reliquias de sus gentes por no perderlo todo, y retornar sobre sus enemigos, pero temía la braveza del mar. Otros hubo que dijeron que lo mejor era embarcarse, aunque ya no lo quisieran los soldados españoles, ni muchos caballeros, y señaladamente Hernando Cortés, marqués del Valle, que sabía de semejantes trabajos y hambres y últimos aprietos, y fue el que más perdió, después del emperador, porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en cien mil ducados, y no se pudieron hallar, y era tal su ánimo que no sintió tanto esta pérdida como el poco caso que dél se hizo en esta jornada, pues que con haber sido tan valeroso como era, y es notorio, no le metieron en consejo de guerra, ni le dieron parte de cosa que en ella

se hiciese, y aún después de pasada la tormenta, porque decía él que si viniese el emperador y le dejara con la gente que allí tenía, que se obligaba de ganar con ella a Argel. No le quisieron oír, y aún dicen que hubo algunos que hicieron burla dél. Ningún discreto habrá que no entienda la causa desto, y más si conoce y sabe la soberbia del español (con título), como si la virtud y nobleza propia no valiese tanto, y según algunos, más que la heredada".

No quisieron contar con el genio que iba entre ellos, los dorados mediocres, cuyos nombres nadie recordaría si no fuese por este desaire que costó tantas vidas, pero no corrigió la insolencia de los poderosos de entonces; no corregirá la ufanía presuntuosa de los mediocres del futuro.

Después de la campaña de Argel torna a la oscuridad Hernán Cortés. Pierde otros dos o tres años demandando reparaciones que nunca alcanza. Símbolo de su lucha con la Corte, lo ha dado la leyenda en aquella anécdota que nos pinta al Gran Cortés en el estribo del coche del emperador, exigiendo una entrevista que la burocracia



Hospital de Jesús

le ha estorbado: "¿Quién sois?" pregunta el monarca. "Uno que os ha dado más provincias que todo lo que heredasteis de vuestros antepasados", responde el intruso del momento.

Pasan los años, y en 1547, cuando se preparaba para regresar a la Nueva España, Cortés se halla enfermo y casi desamparado en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, hospedado en la casa de un Juan Rodríguez. La ausencia de su mujer y sus hijos le había quebrantado, pero las prácticas piadosas le dieron hasta el fin fortaleza. Falleció en diciembre de 1547. En su testamento, después de conceder legados a sus hijos legítimos y naturales, aparta considerable porción de los restos del marquesado de Oaxaca para fundar instituciones de caridad. Una de ellas, el Hospital de Jesús en la capital de México, es todavía lugar de beneficio y en su recinto están probablemente los restos del fundador.

El César romántico

Julio César es el conquistador de tipo clásico; su inteligencia era lúcida y su temperamento escéptico y frío. Hernán Cortés es un romántico aunque la literatura todavía no reconociese, en su época, semejante calidad espiritual.

Romántico porque sin carecer de buen juicio sereno y calculador, se movía siempre al impulso de una pasión del espíritu, por decisiones ocasionales, violentas, fulgurantes. Don Hernando era sentimental en la manera grande, con el sentimiento colocado en un propósito que rebasaba su naturaleza ya por sí generosa y levantada. Romántico, porque sabía y vivía para el empeño cristiano de superar la vida, corrigiéndole su raíz y transformándole sus caracteres hasta convertirla en salto hacia la eternidad. Acierto para descubrir de golpe las ventajas de una situación y convicción religiosa que se sobrepone a la ambición recordando que no es el mundo el fin del alma; tal fue la esencia del carácter de Cortés sin que se pueda hallar quien le supere entre los hombres de guerra.

Vidas completas, la de Carlos V, la de Hernán Cortés; dedicadas plena y fecundamente a la acción mientras se halla la voluntad entera y el cuerpo robusto. Luego, cuando el cuerpo se enjuta el alma les crece; porque no son de la casta pequeñita de los escépticos y los ateos, sino creyentes que así como abarcaron en el mundo empre-

sas y horizontes, para la gran aventura que está más allá de la muerte supieron reservar lo mejor, lo más puro del anhelo humano, que es el anhelo divino. Almas de creyentes que primero ponen fe en las obras del mundo, seguros de que por inepta que sea natura algo la mejora el hombre de bien, y después confían en el Creador que no nos ha hecho para el polvo en que se dispersan las mariposas, sino para el destino que los más privilegiados de la especie afirman con testimonio imponente. Por encima de todo, el testimonio del Dios hombre que fue el Cristo. Ser cristiano es eso, tenerle fe a los valores que regeneran la vida, y luego, al fin de la jornada, levantar los brazos, repitiendo el ensalmo supremo de justos y pecadores: ¡Hágase tu voluntad, Señor, así en la Tierra como en el Cielo!

La institución de la Audiencia

Así como fueron agentes solapados del imperialismo anglosajón los autores de todas las exageraciones y calumnias que dieron lugar a la leyenda negra sobre el coloniaje español, también es de justicia reconocer que en los últimos tiempos y una vez deshecho el imperialismo hispánico, son autores de Norteamérica los que más eficazmente se han empeñado en desvanecer la leyenda negra, poniendo en claro la verdadera índole humanitaria de las instituciones de la Colonia.

Uno de estos autores, el Profr. Charles Henry Cunningham, en su libro *The Audiencia in the Spanish Colonies*, editado por la Universidad de California en Berkeley en 1919, nos dice que la institución central en el régimen de la Colonia fue la Audiencia. Asimismo, según ya quedó expuesto en las páginas anteriores, fue Hernán Cortés la más ilustre víctima de la institución de la Audiencia. Representa la Audiencia no sólo el gobierno civil frente al mando militar; también una forma original de gobierno, que obtiene autoridad para juzgar a gobernadores o virreyes, independientemente de que sean civiles o militares. Historiadores competentes han insinuado la significación de las Audiencias y sus derivados, las juntas de Gobierno, como elementos de autoridad civilizada en el medio nuevo hispanoamericano. En la imposibilidad de enraizar dinastías en nuestro

ambiente, las audiencias y las juntas representan la única institución de carácter civilizado que se puede oponer al caudillaje militarista. Y no es exagerado atribuir a la dominación de audiencias y juntas sobre capitanes generales y "Césares de Decadencia", el mayor desarrollo político y económico de ciertos países hispanoamericanos, en relación con otros. Así por ejemplo vemos el adelanto político de la Argentina y de Colombia, países de Audiencia y juntas, superior al de Venezuela, México o el Ecuador, países de regímenes militares casi continuos. Desde el principio, los estadistas de la Metrópoli española comprendieron que la manera de asegurar firmemente la lealtad de las naciones recién asimiladas, era otorgarles las mismas ventajas administrativas y políticas de que disfrutaba la Península. Y España era por entonces, y en realidad lo ha sido siempre, uno de los pueblos más democráticos de la historia. En España, el gobierno civil dominaba la vida ciudadana, y a fin de que las colonias disfrutasen iguales ventajas, se hizo extensivo el sistema de Audiencias al Nuevo Mundo. No sólo en México, la Colonia predilecta, la segunda Metrópoli del Imperio, dominó la Audiencia: también en Filipinas, colonia mexicana, la Audiencia mantuvo durante tres siglos los fueros de la administración civil, en contra de las invasiones de autoridad, de los militares y los eclesiásticos.

La Audiencia fue anterior a Cortés. Desde que las autoridades españolas se dieron cuenta de la importancia de los territorios descubiertos por Colón y sus sucesores, revélase el empeño de corregir el error de las capitulaciones firmadas en favor de Cristóbal Colón. El gobierno español profesaba un gran respeto por el compromiso escrito, así es que no se decidió a declarar nulas dichas Capitulaciones, según se haría hoy, con el pretexto de la utilidad pública, sino que prefirió cambiar todo el sistema de la administración para el futuro. Las Capitulaciones, que son de abril 30 de 1492, daban a Colón el título de Almirante, Virrey y Gobernador de las tierras y mares por descubrir en las Indias, con el derecho de proponer tres candidatos para el gobierno de cada Colonia. También tenía Colón el derecho de nombrar alcaldes y alguaciles. Se sabe que estas y otras condiciones onerosas y excesivas fueron asentadas en las Capitulaciones por Colón, que era codicioso y calculador, y las firmaron los Reyes generosos y despreocupados, sin sospechar el alcance que llegarían a



El Virrey Antonio de Mendoza fue el primer Virrey de la Nueva España, trató de aliviar la penosa situación en que se encontraban los indígenas

tener. Y fue necesario el fracaso, bien conocido, de Colón como administrador de los territorios descubiertos, para que la Corte abriese los ojos y tomase medidas. Determinó la creación de un nuevo sistema, la solicitud que en 1507 formularon las poblaciones de la Española, hoy Santo Domingo, a efecto de que los reyes concediesen los privilegios y formas de gobierno que disfrutaban las aldeas de la Península. Esta solicitud fue acordada por el rey, concediéndose en favor de 14 aldeas dominicanas los derechos del municipio. Comprendían éstos el privilegio de elegir a sus propios regidores y alcaldes ordinarios así como la facultad de legislar localmente y de administrar justicia, lo que dio origen al principio enunciado subsecuentemente de que: "estando los reinos de Castilla y las Indias, bajo una misma corona, las Leyes y orden de gobierno de la una deberían ser tan similares y parecidas a la otra como fuese posible; nuestro Consejo Real en sus leyes y disposiciones tratará de reducir la forma y manera de gobierno al estilo y orden, conforme a los cuales se gobiernan los Reinos de Castilla y de León, hasta donde las diferencias de tierra y naciones lo permitan".

Y como una especie de tribunal de segunda instancia de los acuerdos de los alcaldes, se creó en 1511 en la Española, la primera Audiencia de jueces reales para juzgar disposiciones emanadas de los magistrados locales, y del Gobernador mismo. Objeto principal de este tribunal era poner coto a las posibilidades de abuso de un Gobernador absoluto. De suerte que, desde el comienzo, los territorios de América se vieron protegidos de la calamidad del mando personal. Constituyeron este primer tribunal de tres magistrados cuyas funciones no fueron simplemente judiciales, pues a menudo tomaron la representación de la Colonia, por ante el Consejo de Indias, independientemente del Gobernador. Y también en Santo Domingo se produjeron conflictos entre Diego Colón, heredero de Cristóbal, y sus Capitulaciones, y la Audiencia que defendía los intereses públicos, tal y como pocos años más tarde, se resolvió en favor de los intereses públicos el conflicto de Hernán Cortés con las primeras Audiencias.

La autoridad central para los asuntos de América era el Consejo de Indias, nombrado por el emperador, un verdadero ministerio de

colonias pero con facultades judiciales de apelación y con derecho de revisar los actos administrativos de las Audiencias coloniales y de Gobernadores y Virreyes.

Bajo el Consejo de Indias, funcionaban las Audiencias que se establecieron a partir de 1526, de una manera formal, en Santo Domingo; en 1527 en México; en 1535 en Panamá; en 1542 en Lima; en Guatemala por el año de 1543; en Guadalajara en 1548 y al año siguiente de 1549 en Santa Fe de Bogotá de Colombia. Posteriormente, en 1559, se constituyó la Audiencia de Charcas, que hoy corresponde a la Argentina, y en 1563 se creó la audiencia de Quito. La Audiencia de Manila, que en muchos casos funcionó con magistrados procedentes de México, quedó constituida en 1583, y en 1609 se organizó la Audiencia de Santiago de Chile. Buenos Aires tuvo su propia Audiencia, en 1661, y Caracas en 1786, etc., etc. Son estos los antecedentes del poder judicial en Hispanoamérica. Un poder que abarcaba más que la simple judicatura y se hacía respetar del Ejecutivo, como nunca lo han logrado Congresos, Parlamentos o Tribunales republicanos.

Desde el principio, señala Cunningham, las Audiencias de la Colonia, dispusieron de mayor poder y más dilatadas funciones que las Audiencias españolas. En las colonias, dice textualmente, las Audiencias fueron establecidas como agencias de la autoridad Real, particularmente destinadas a limitar los abusos de los funcionarios de la Corona. Dentro de tal capacidad, estos tribunales ejercitaron una autoridad de carácter más amplio que el simplemente judicial. Una ley regía a todos los reinos bautizados con el nombre genérico de Las Indias, sin excepción de las Filipinas.

Función peculiar de la Audiencia era la sustanciación del Juicio de Residencia. Consiste este juicio en la facultad que poseía la Audiencia de someter a investigación los actos oficiales de cualquier funcionario tan pronto como concluía su mandato. Esta facultad, que hace efectiva la responsabilidad oficial, se cree derivada del Derecho Romano, que concedía a cada uno de los ciudadanos del Imperio el derecho de formular acusaciones contra cualquier funcionario público. El juicio de Residencia consistía en una investigación general de los actos del funcionario residenciado, de una revisión de

todas sus cuentas y manejos administrativos y un juicio final. La residencia no era precisamente un castigo; al contrario, muchas veces servía para acreditar la honestidad del funcionario. Bastaba que se formulase un cargo serio contra algún funcionario público para que el Tribunal iniciase la pesquisa. Y ésta podía terminar con sobreseimiento o con multa y suspensión, de las cuales podía apelar el funcionario ante la propia Audiencia y en última instancia ante el Consejo de Indias.

Al principio, la Residencia sirvió para prevenir muchos abusos; más tarde y según sobrevino la decadencia general en la administración, los funcionarios que disfrutaban de influencia en la Corte, fácilmente eludían los riesgos de una severa investigación.

Todas las instituciones son ineficaces cuando el carácter nacional pierde su temple.